GRANADA-MURCIA.

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS
GRANADA

R. 434

GRANADA-MURCIA.

RECUERDO

DE LA ESPANTOSA INUNDACION

ACAECIDA EN MURCIA

EN LA NOCHE DEL 14 DE OCTUBRE DE 1879

Y ELOGIO DE LA CARIDAD CON QUE EL MUNDO

Y PARTICULARMENTE

GRANADA

HAN SOCORRIDO Á LAS INFELICES VÍCTIMAS QUE

SOBREVIVIERON AL DESASTRE,

POR

LUIS SECO DE LUCENA.

GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO VENTURA SABATEL,

1879.

Al Excmo. Sr.

D. JOSÉ MARÍA JAUDÉNES.

A usted, mi ilustre protector y amigo, consagro este opúsculo, débil recuerdo del respetuoso cariño que me inspira.

Luis Seco de Lucena.

Granada 14 de Diciembre de 1879.

I.

La inundacion de Murcia.

La mansa corriente del rio se desliza á través de bosques de moreras; la bruma se cierne sobre el valle como nube de azulado incienso; el sol tiñe de púrpura las peladas cumbres de Carrascoy, y llena de luz y de suaves tintas el más hermoso de los panoramas.

¡Allí está Murcia! Entre sus apiñados edificios surge la catedral, como surgen las palmeras entre los espesos naranjales fecundados por el Segura; las entrañas de piedra del gran templo atesoran el corazon del Rey Sabio; en la ciudad bulle un pueblo inteligente, generoso, trabajador, rico en concepciones artísticas y en genios de levantado renombre.

Es Murcia ciudad célebre en la historia: ella se resistió por mucho tiempo á doblar la cerviz al yugo de los muslimes: en su pecho late un espíritu independiente, el espíritu liberal y noble de la España entera. Su disposicion topográfica es tan deliciosa, que no se idearia un paisaje más bello. Ciñen la ciudad, atravesada por el rio, los restos informes de un quebrado muro que cubren con sus hojas las higueras y las yedras solitarias. Despues, la Huerta se extiende en todo el espacio que distingue la vista del observador.

¡La Huerta de Murcia! Figuraos un espesísimo bosque de moreras y limoneros, atravesado de Poniente á Levante por el Segura, y, en mil direcciones, por infinidad de acequias que de él se derivan, sembrado de casas de recreo y de humildes y pintorescas chozas con sus techumbres de *sisca*, dividido en multitud de bancales, populoso cual si fuese la ciudad más animada, limitado al Setentrion por los cerros de Molina, al Sud

por las altas cumbres de Carrascoy, que forman con la Sierra de Espuña la cuenca del árido, infecundo é insidioso Guadalentin; al Levante se extiende la campiña, limitada por el horizonte. Al pié de la Sierra está el santuario de la Luz; allí brotan copiosos manantiales de purísima agua; más abajo se ve la Fuensanta, el gran palacio del Obispo y Santa Catalina.

Esto era Murcia, esto su Huerta antes de la terrible noche del 14 de Octubre de 1879: un pueblo rico, hermoso y feliz. «Mucho tiempo hacia, dice un distinguido escritor, que no habia tenido la Huerta de Murcia un verano tan abundante de agua como el presente....» «.... Al oscurecer de aquella tarde (la del 17 de Octubre) guiaba el labrador satisfecho sus bueyes hácia el establo, despues de haber removido con la luciente reja del ligero arado la tierra húmeda del rocío de las noches primeras de otoño. Esperábanle el hogar tranquilo, el amor de la esposa, las caricias de sus hijos y una apetitosa, ya que no espléndida cena. En el hogar tibio se oian los cantos de los mozos que iban de ronda por sendas y veredas, dando á los aires sus alegres y sencillos cantos, reclamos amorosos que, aunque parece se pierden en la inmensidad de la vega, encuentran siempre algun corazon que los recoja en el pecho de esas huertanas que, rozagantes y placenteras, madrugan con el alba para ir á la fábrica, y vuelven con la noche de hilar el rico fruto del gusano de seda. Aquella tarde se habia despedido el sol con la sonrisa de sus arreboles, y la noche habia entrado prodigando sus encantos, como para convidar con las delicias de un sueño feliz. Todo era paz, todo contento, todo alegría y esperanza.»

Y todo lo destruyó en una noche, con mano cruel, la Naturaleza.

«Las dos de la mañana serian, dice un testigo presencial de la catástrofe, cuando la ciudad despertó al toque de rebato: arrojéme del lecho y corrí á un balcon: vi correr hombres con antorchas, abrir y cerrarse puertas con estrépito, salir gente á los balcones: llamaron á un bombero que vive al extremo de mi calle, cruzó á escape la Guardia civil á caballo: de pronto una oleada de gente pasa huyendo y gritando.

—¿Qué sucede?—les pregunto.

—¡El rio!—dicen con voz ahogada.

Un momento despues, el sereno es quien grita:

—Las dos: arriba todo el mundo: las aguas llegan á San Pedro.

Vístome, corro á la Casa de la ciudad y pregunto á las Autoridades reunidas:

—¿De dónde es la riada? ¿Del Guadalentin ó del Segura?

—No lo sabemos.

—¿Han telegrafiado los Alcaldes de los pueblos ribereños?

—No: hemos sabido que venia riada cuando nos hemos visto inundados.

—¿Qué disposiciones se han tomado?

—Hacer una parada en el Leon del Malecon, por donde el rio se desborda, y preparar alimento y habitacion á los que sobrevivan en la Huerta.

—Pero, señor, ¿tan terrible es la avenida?

—De noche no podemos calcularlo: vea usted el rio y calcule usted mismo.

Cojo una antorcha, voy al rio y quedo aterrado: cubre la riada los dos ojos del puente, toco con la mano, no dando crédito á mi vista, las turbias y revueltas aguas. No hay duda; el rio, que antes pasaba tan hondo, corre más alto que el nivel de Murcia. ¿Qué va á ser de la Ciudad? ¿Qué habrá sido de la Huerta?

La antorcha se me cae de la mano y se apodera de mí una angustia indefinible. La noche y su oscuridad aumentan todos los horrores; voces que mandan, carruajes á escape, galopar de ginetes, antorchas que brillan, pasan y dejan en pos mayor oscuridad: á lo lejos, el toque de alarma de cuernos y caracolas, y rumores confusos en que la imaginacion excitada se finge voces pidiendo socorro y gritos de agonía; y, dominándolo todo, el estruendo de las aguas, la voz suprema del rio, parecida á la voz de Dios que es, dice el libro santo, *como el rumor de muchas aguas juntas ...*»

«Nunca amaneció más tarde para la impaciencia de los reu-

nidos en la Casa de la ciudad, como si la luz del nuevo dia excusara alumbrar tantos horrores. Amanece, y las Autoridades, y todos tras las Autoridades, corremos á la torre de Santa María. Vése apenas, pero vése lo bastante para medir los estragos de la inundacion: la ciudad está rodeada de una laguna que empieza poco más bajo del pueblo de Alcantarilla, y se extiende perdiéndose de vista. En el confin de la Huerta de Orihuela, solo los pueblecitos situados á la falda de la sierra han escapado al desastre: la Huerta de Murcia, el espejo de los moros, el paraiso en la tierra de Mariana, ha desaparecido: sobre el valle de Murcia, en una extension de cinco leguas de largo, corren turbias, pestilentes, las aguas de dos rios sobre cuyo oleaje han desaparecido: la tierra vegetal, las bestias de labor, las aves de corral, los instrumentos y aperos de cultivo, toda la riqueza, en fin, de 60,000 cultivadores y de 12,000 hectáreas, y, sobre la amarillenta superficie de aquella inmensa losa sepulcral de agua, se levantan las copas de los árboles y los techos de las casas, y, en ellos, apiñados náufragos cuyos ademanes de desesperacion se ven y cuyas súplicas se adivinan.»

La inundacion tuvo orígen en la Sierra de las Estancias, al Sudoeste de Murcia, donde da principio el árido cáuce del Sangonera. Allí descargó una tempestad terrible, un nuevo diluvio. Las vertientes de la Serranía llevaron la inundacion al valle; el lecho del Guadalentin recogióla con avidez, y las aguas precipitáronse con el ímpetu del huracan, esparciendo la miseria, el terror y la ruina.

¡Allá va el torrente! ¡Pobre Murcia!

Seria necesario un gran volúmen para narrar todos los pormenores de la inundacion, en la que tambien cupo su parte á multitud de pueblos de la provincia de Almería que se hallan al Sud de la vertiente meridional de la Sierra de las Estancias: así, nos limitaremos á relatar varios episodios de la catástrofe, prefiriendo siempre las narraciones de las personas que los presenciaron.

II.

Episodios del desastre.

Atérrase el espíritu al recordar la terrible catástrofe de Murcia; no hay palabras con que describir el horroroso cuadro de la Huerta en los dias que inmediatamente siguieron al 14 de Octubre. Un mar dilatado envolvia con su turbulento oleaje los pueblecitos que bordan la superficie de esmeralda que constituye la vega: Beniajan, Torrehagüera, Garres, Nonduermas, Alcantarilla, Aljucer, Beniel, Alquerías, Eralta, Albatalía, Rincon de la Seca, Urdienca, Puente de Tocinos, San Benito, los partidos de la Arboleja, del Raal, y otros mil, eran solamente montones de barro, de escombros y de cadáveres combatidos por las irresistibles ondas del Segura.

¡Noche espantosa la del 14 de Octubre de 1879! El genio del mal sacudió sus negras alas sobre la fértil Huerta de Murcia y sus felices habitantes; en el misterio de la oscuridad más profunda, á traicion y repentinamente, precipitáronse las aguas como se precipita el alud desprendido de las inaccesibles cumbres del Everest y del Dhawalagiri: la destruccion iba con ellas.

¡Pobres huertanos! Durante su dulce sueño les sorprendió la muerte, arrebatándoles el poderoso álito de vida que se agitaba en sus venas: el irresistible torrente arrancó el fecundo légamo de sus terrenos para darles sepultura, derribó sus pintorescas barracas, descuajó sus bosques de moreras y limoneros, y, en borrascoso remolino, arrojó al mar multitud de labradores que se retorcian agonizantes.

La luz del sol vino por fin á alumbrar aquel cuadro de dolores, y la luz del sol fué la gigantesca antorcha de tan épicos funerales. Sobre la haz de la laguna flotaban los muertos, con las facciones contraidas, con los ojos fuera de sus órbitas, con el cabello erizado y las uñas clavadas en el pecho: allí se veia tambien á los vivos, luchando por salvarse; allí aquel mar furioso combatiendo los edificios, que se hundian á su traidor empuje; allí las ráfagas de espuma señalando los sepulcros de familias enteras.

¿Cómo pintar aquel cuadro? ¡Imposible!

Nos limitaremos á referir algunos episodios de tan dolorosa tragedia:

«Tuve mucho tiempo, dice un testigo presencial, la vista fija en una casa, sobre cuyo tejado habia solo dos personas: un hombre y una mujer.

Ella era agraciada y jóven: él tenia la belleza ruda y enérgica de los hijos de nuestra Huerta, que recuerda la de los árabes sus antecesores: ambos estaban casi desnudos, sentados el uno junto al otro, y, por sus ademanes, no parecian tan sobrecogidos como los de los techos inmediatos.

Jóvenes, recien casados quizá, no concluian de convencerse de la inmensidad del peligro, quizá tambien confiaban en la solidez de su casa construida para servir de nido á sus amores.

De pronto, se ponen súbitamente en pié, se confunden en un supremo abrazo, y techo, casa y amante pareja, desaparecen en un remolino de las aguas.»

Una madre, por salvar á sus dos hijos, lucha en medio de las aguas. El esposo va con ella, ve que se ahoga, que la salvacion de los dos hijos es imposible, y exclama:

—¡Tira uno!

—¿Cuál?—le pregunta ella.

La cruz de un árbol salvó á una mujer de la muerte. La fu-

riosa inundacion bramaba á sus piés. Cuando más segura se creia trepó una culebra al árbol, sintió, al tropezar con la mujer, el suave calor de la vida, comenzó á desarrollar sus anillos alrededor de la mujer asustada, los encogió luego rápidamente y se quedó enroscada al cuerpo de la infeliz.

Llegó la barca salvadora, y los tripulantes tuvieron que romper los anillos de aquella cadena animada. El reptil murió, y su víctima cayó sin sentido, pero viva aún, sobre la barca.

El Sr. Martinez Tornel cuenta el siguiente hecho, del que fué heróica una jóven de diez años de edad:

«Esta valerosa criatura, cuando su casa fué inundada y sus padres arrastrados por la corriente, cogió á una hermanita suya, niña de pecho, y la salvó, no sé cómo, sobre un árbol donde estuvieron los dos ángeles toda una santa noche, siendo el juguete de las olas que sacudian las ramas bajas.

La madre de esta niña pudo salvarse y fué recogida en Murcia, y, cuando creia á aquellas ahogadas, se las encontró en la puerta del Instituto.»

«Refiere el cabo Bas, (1) que, al pasar con su barca junto á una casa de elevada cámara que, en las del campo se destinan para granero y conserva de frutos secos, oyó algunas voces, como de personas que conversaban. Acercóse cuanto pudo á la puerta y llamó fuertemente con el mástil de un remo. Una voz, que parecia salir de lo más interior de la casa, contestó al llamamiento. Entonces se entabló entre el marino y el misterioso interlocutor el siguiente diálogo:

—¿Quién hay aquí?

—Estamos dos y mi yegua.

—¿Dónde están ustedes?

—Aquí, en la cámara.

---

(1) Este Bas tomó parte en la expedicion salvadora de los marinos á Murcia. El episodio lo traslado del *Eco de Cartagena*.

—Pero ¿no pueden bajar?

—No,—responde siempre la misma voz.

La puerta, que se habia abierto á los golpes del remo, dejaba ver, lleno de paja, el espacio desde la superficie del agua á la techumbre de la primera cubierta.

—¿No tienen ahí algun palo, apero de labranza ó cosa parecida?

—No señor: no tenemos más que los bancos y las tablas de la cama.

—Pues arríe usted uno, amarrado á esa soga.

El intrépido marino lanzó un cabo enrollado que fué cogido casualmente, por el interpelado, en medio de la oscuridad.

—Ya pueden ustedes arriar sin miedo—dijo el cabo Bas.

—Pero ¿y mi yegua?—contesta el otro.

—¡Hombre, déjese usted de yegua y procure salvarse!

—Pues yo no dejo á mi animal.

El pobre cabo no encontraba medio de reducirlos al descenso. Por fin, bajo la oferta de salvar tambien la yegua, consintieron en descender. Entrar en la barca y pedir el cumplimiento de lo prometido, todo fué uno.

—Ya no es posible,—contestó Bas:—se ha roto el cabo.—Y añade que no se concibe cómo pudieron hacer subir á la yegua por la estrechísima y tortuosa escalera que conduce á la cámara.»

Dormia un matrimonio, y á su lado, en la cuna, un niño. La mujer oye llorar á su hijo, y, alargando el brazo, toca el agua.

Levántanse extremecidos.

La mujer abre la puerta del patio, y el turbion que viene sobre ella, la ahoga.

El hombre, coge al niño, sale, y arroja la criatura al terrado, para salvarla. Él sube despues á un árbol, y á poco... vió sepultarse la casa y rodar el hijo, envuelto por la corriente.

He aquí un ejemplo de heróica resistencia y de la tenacidad con que persigue á sus víctimas la desgracia.

José Marco, al ver su hogar invadido por las aguas, lo abandona y con sus dos pequeños hijos, su mujer en cinta y su hermana, dirigióse á la casa del Sr. Somalo, su única salvacion.

Próximos á llegar, un torrente de agua los derribó con furia y, al volver en sí, encontróse Marco sin su esposa y sin su hermana. Colocó á sus niños en un carro que allí, casi sumergido, habia, y se puso á buscar á su hermana y á su mujer, sin que consiguiera resultado satisfactorio.

Tomó de nuevo á sus hijos, á quienes ya arrebataba la corriente, los arrojó á un terrado, en el que los recibieron algunas personas, y al que subió despues con gran fatiga. Desde allí vió pasar á su hermana flotando, y, arrojándose á las ondas, la sacó con vida, subiéndola tambien sobre la casa. Pero esta se hundió y todos cayeron entre las ruinas, de las que nuestro héroe pudo sacar intactos á su hermana y á sus niños, subiéndose con ellos á otra azotea que se derrumbó tambien: los infelices rodaron entre los escombros, y Marco recibió algunas heridas que le hicieron perder el sentido: al salir del síncope encontró solamente á su hermana y á uno de los niños.

Todos se montaron sobre un madero que los condujo á la copa de un árbol: en ella, con el agua al pecho, bajo la influencia de la lluvia, sumidos en la espantosa oscuridad de la noche y aguijoneados por el hambre, permanecieron hasta el nacer del dia.

La caridad les salvó, despues de tantos horrores.

Entre los cadáveres, recogieron los de una madre y un niño á quien sorprendió la muerte mamando.

Dos niños salváronse sobrenadando, cogidos á las puntas de dos cañas.

Una mujer, hermosa como las hadas, se libró sobre un madero que fué arrastrado por la corriente: iba desnuda, pretendiendo cubrirse con su negra cabellera, y encarnada de rubor como las amapolas del campo.

Desde la márgen, la contemplaba embebecido un jóven guardia civil que se arrojó á la laguna, llegó al flotante tronco, cubrió respetuosamente con su capote aquella ninfa de las aguas, miróla, temblando de ansiedad y de ternura, la llevó al templo, y... el drama se convirtió en idilio, el madero en tálamo nupcial y el sepulcro en vaso de flores.

Al destruir el agua una vivienda, se dispersó la familia.

El padre pudo acogerse á una higuera: á la luz del relámpago vió flotar una criatura: la cogió del cabello, y la miró espantado: era su hijo el menor.

El otro fué empujado por la corriente con su madre, de la que lo separó un remolino. Él pudo llegar á la casilla del ferrocarril y salvarse.

Ella fué arrastrada por las turbias ondas, y la encontraron en un cañaveral, sin fuerzas y sin sentido.

Dos niños, empujados por su padre, suben á las ramas de una morera, donde les persigue la fatalidad. Unas ratas que tampoco quieren morir, trepan, atacando desesperadamente á los niños que se horrorizan y se arrojan á las aguas que les sirvió de sepulcro.

Como Moisés, se salvó un niño en un cesto de mimbres que flotaba sobre la laguna.

Seria interminable la narracion de los episodios y horribles tragedias de que fué teatro la dilatadísima laguna que rodeaba la ciudad de Todmir, desde el 15 al 25 de Octubre. Hacemos, pues, punto final, y terminamos este capítulo.

III.

El siglo XIX ante la catástrofe de Murcia.

La épica catástrofe de Murcia es ocasion preciosa de demostrar cuánto se engañan los que niegan el progreso del hombre, y cuán injustos son los que maldicen de nuestro siglo y de instituciones tan venerandas como la prensa.

La noticia del desastre llegó á Madrid, de donde el telégrafo difundióla por España y por todos los ámbitos del mundo. El periodismo, cumpliendo su grande mision de acortar las distancias entre los pueblos, de hacerlos uno y hermanos, de concluir con las vergonzosas diferencias que dividen la familia humana, lanzó el generoso grito de «¡caridad para Murcia!»

¡Y nadie ignora el entusiasmo con que respondieron á este grito Madrid, España y la Humanidad entera!

En Madrid, especialmente, fué una locura. *El Imparcial* del 17 publicó un artículo en que decia:

«La desgracia es inmensa. El remedio ha de ser tan eficaz é inmediato, que dilatarlo es desvanecerlo.... Un sentimiento de humanidad pone la pluma en nuestra mano. No hemos pensado estas líneas sino lo preciso para escribirlas. ¡Quién tiene calma para meditar ante la desventura! Hay dos palabras correlativas que coinciden en las almas nobles; esas palabras son: *desgracia*, *caridad*. Las vemos unidas, y, al estamparlas en el papel, parécenos que hemos expresado hoy, por entero, la opinion de España.»

Así era.

Á la voz del periódico madrileño, y al oir las descripciones de la catástrofe, se levantó España, movida por el más sublime impulso de caridad que han registrado los siglos. Organizóse

rápidamente la Junta de Socorros bajo la presidencia del Patriarca de las Indias: el Gobierno abrió en la *Gaceta* del 20 una suscricion oficial, iniciada por nuestro augusto Rey con 200,000 reales, con 100,000 por la Princesa de Asturias, con 10,000 por el Presidente del Consejo y con 16,000 por los Ministros.

La prensa inauguró otra, encabezada por *El Imparcial* con 5,000 reales, y se fundaron en las redacciones centros para socorrer á las víctimas de la inundacion. ¡Fué un espectáculo increible! Los redactores de *El Globo* pidieron limosna de casa en casa; generosos estudiantes impetraron, al son de las músicas del ejército, pan con que disminuir los horrores de Murcia; el *Banco de España* anticipa miles de duros; las empresas teatrales dan benéficas funciones; la *Union artística musical* un magnífico concierto; el *Ateneo* celebra una gran rifa de cuadros que donan graciosamente los pintores; la *Sociedad de escritores y artistas*, su brillante velada; la de *Conciertos*, uno que fué delicia de los concurrentes; el *Banco Español* de la Habana contribuye á la obra de caridad con 5,000 pesos en oro; la asociacion que Madrid conoce por *La Farmacia* rinde tambien caritativo tributo; el *Veloz-club* manifiesta su generosidad y sus nobles sentimientos con un cuantioso donativo; y se verifican corridas en que los diestros trabajan gratuitamente; bailes á los que concurre la aristocracia en razon al objeto á que se destinan sus productos; y todas las corporaciones y empresas, como la *Sociedad Económica*, la *Administracion de ferrocarriles*, el Ayuntamiento, la Diputacion, el *Fomento de las artes*, la *Compañía del gas*, el Ejército, los empleados públicos, las clases pasivas, todas, en fin, contribuyen con ánsia, sin prévias excitaciones, á socorrer á los infelices murcianos.

Y ¿qué diremos de los milagros que realizó la iniciativa privada? ¿Qué asunto más heróico para una epopeya que la actitud del pueblo de Madrid, y de los españoles en general, al saber la catástrofe de Murcia? Este hecho debe escribirlo la Historia con letras de oro en sus más brillantes páginas.

El aristocrático señor, el dependiente, el humilde bracero, el

mendigo, corrian gustosos á aumentar la larga lista de suscriciones. Viéronse episodios indescriptibles que hacen llorar de alegría y de orgullo: una niña se despoja de sus alhajas y las entrega á los postulantes; un jornalero da su chaqueton, lo único de que puede disponer, y se queda sin abrigo; un artista de diez años de edad entrega los ahorros que dedicaba á comprar un violin, la más dulce de sus ilusiones; los carteros, no invitados en razon á la pequeñez de sus sueldos, se ofenden y acuden presurosos con un donativo; las adopciones de criaturas huérfanas por la inundacion son tan numerosas, que el 31 de Octubre ascendian á doscientas; los oradores, los artistas y los sabios ofrecen sus facultades en beneficio de Murcia; y, por último, un hombre, célebre por su grandeza de alma, D. José María Muñoz, distribuye entre las víctimas de la catástrofe la enorme suma de 60,000 duros efectivos, y adopta á tres huérfanos.

¿Dónde están los que reniegan del siglo XIX, los que maldicen la sociedad contemporánea y aseguran que se ha agotado en su corazon el sentimiento y las nobles ideas en su podrido espíritu? ¿Dónde los que llenan de insultos á la civilizacion y al progreso? ¿En qué período de la vida del género humano han visto accion tan generosa y tan grande como la que nos ocupa?

Y mientras se formaban en Madrid inmensos montones de oro y de donativos en efectos, trasportados gratuitamente por los ferrocarriles al lugar del desastre, en la misma Murcia, en Granada, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, en Córdoba, en Jaen, en Cádiz, en Huelva, en Navarra, en Cuba, en Manila, en las Baleares, en todas las provincias de España sin excepcion, sentíase el impulso de caridad por Madrid iniciado; y fueron tan numerosos los hechos extraordinariamente caritativos, que no la media docena de páginas de un folleto, las de un gran volúmen en folio, serian insuficientes para relatarlos.

¡Gloria á España! ¡Gloria al siglo XIX!

El grito de 10,000 españoles hambrientos y desnudos que, en las márgenes del Segura, pedian pan para alimentarse y ro-

pas con que cubrirse, traspasó en alas del rayo las cumbres del Pirineo, las pintorescas orillas del Rhin, las brumas del Canal de la Mancha, la trasparente superficie del Mediterráneo, el espumoso Atlántico y las silenciosas estepas de Rusia: en París, en Perpignan, en Marsella, en Burdeos, en el Havre, en Bruselas, en Viena, en Colonia, en Lóndres, en Niza, en Roma, en Nápoles, en Génova, en Turin, en Palermo, en Florencia, en Milan, en Liorna, en Venecia, en Civita-Vecchia, en Argel, en Gibraltar, en Lisboa, en New-York, en San Petersburgo, en muchas más ciudades europeas y trasatlánticas, y comunmente por iniciativa de la prensa, á la que es deudora la Humanidad de tantos beneficios, se hicieron brillantes suscriciones.

La prensa de Francia sobre todo, la noble prensa de París, de ese pueblo cuya sangre es la sangre de nuestras venas, ha llegado al heroismo de la caridad. El *Evenement*, el *Gaulois*, el *Voltaire* y el *Fígaro* constituyeron rápidamente un comité organizador de socorros, acordando celebrar una magnífica fiesta, cuyos pormenores asombran, y publicar un soberbio periódico, el *París-Murcia*, gigante síntesis de la inspiracion de los más ilustres artistas y escritores franceses, y cuya venta ha de producir millon y medio de reales. Se organizó tambien una rifa de cuadros; el comercio de París contribuyó con un fuerte donativo, y los gobernantes autorizaron, contra costumbre y á ruegos de nuestra augusta reina D.ª Isabel, la lotería de la caridad. Justo es que consagre un recuerdo á mi querido amigo el ilustre escritor y poeta D. Jhoan Fastenrath; él levantó el espíritu de Colonia, la del Rhin, él derramó una lágrima al conocer el espantoso siniestro.

Acabo de describir de una manera muy vaga la caritativa explosion que produjo la catástrofe: me creo impotente para exponer con exactitud lo acontecido. Solo Dante podria cantar los horrores de Murcia y el sublime espectáculo de abnegacion que presenciaran nuestros ojos: ¡él, que cantó el Infierno y el Paraiso!

IV.

Granada ante la catástrofe de Murcia.

I.

Existen entre Granada y Murcia fraternales vínculos que ha hecho indisolubles la Naturaleza. Cuando los escritores tratan de comparar el clima de la Huerta, su cielo azul y trasparente y su lujuriosa vegetacion, solo hallan un clima tan suave, un cielo tan puro y una vegetacion tan lozana, en la Vega granadina.

Allí, como aquí, muros de granito ciñen el verde esmeralda de extensas plantaciones; allí, como aquí, un rio, asolador en las crecidas, se retuerce por los sembrados y los aprisiona con su red de acequias; allí, bosques de moreras y limoneros; aquí, bosques de granados y productíferos olivares; allí y aquí, una ciudad de gloriosas tradiciones y un magnífico templo, sepulcro de grandes reyes.

Provincias rayanas la nuestra y la de Murcia, el progreso mercantil é industrial considérase en las dos solidario y uno; las dos lo esperan de sus relaciones, estrechadas por el ferro-carril que ha de unirlas y establecer comunicacion entre las costas de Levante y las del Sud de España.

Existiendo tal comunidad de intereses y aspiraciones, tal semejanza en los medios de subsistencia de las dos provincias, no podíamos conocer impasibles la catástrofe, sino levantarnos de la postracion en que nos sume nuestro abandono, acudir á Murcia, y mitigar sus dolores.

Y la ciudad perdida por Boabdil, la que fué el más constante anhelo de la Católica Reina, la que amó siempre con delirio á sus soberanos, porque todo en ella es augusto y régio, la que se vistió de flores en 1862 para recibir á la Isabel ilustre que, desde las tristes márgenes del Sena le dedica con cariño sus recuerdos, la que prestó jubiloso albergue al sucesor de la Gran Soberana, la noble y leal, la grande y espléndida, lo ha sido en la ocasion de hacer un sublime esfuerzo por la infeliz hermana que, llorando sobre sus ruinas y los cadáveres de sus hijos, le pidió pan en su hambre y en su desnudez vestiduras.

Yo, que dedico mi relato al hombre ilustre que rige la administracion de la provincia, estoy temeroso de llegar á este punto, porque aquella circunstancia y el recelo de que, los que no han visto la prodigiosa actividad del Sr. Jaudénes me tachen de apasionado, han de detener mi pluma en el elogio y echar sobre ella la crítica de los innumerables admiradores que el Gobernador tiene en Granada.

Ha ocurrido aquí un fenómeno, de seguro sin precedentes en las otras poblaciones de la Península, y que seria la desesperacion del espíritu sistemático que pretendiera clasificar las fases del movimiento caritativo y discernir lo que se debe á la iniciativa oficial y lo que la de los particulares ha realizado. Estos dos términos, perfectamente distintos en la historia de la caridad de Madrid, verbigracia, se confunden de tal manera en la que hacemos, que es absolutamente imposible separarlos y muy difícil determinar un punto del generoso movimiento sin que se vea en él la accion oficial compenetrándose con la del individuo y dirigiéndola.

La vemos presidir la cuestacion, con actividad infatigable en las esferas administrativas que dependen del Estado, establecer la Junta de Socorros, dirigir un sin número de circulares que logran levantar el espíritu de los pueblos; vémosla, auxiliando la caridad de las damas granadinas, siendo el más firme apóyo de los estudiantes y procurando lubrificar asperezas y vencer inconvenientes; contribuir con su estímulo al es-

plendor del concierto del Pasaje y al de guitarras y bandurrias; cooperar á las funciones del Liceo y del Teatro del Campillo; admirámosla concibiendo y dando forma á la feliz inspicion de celebrar una rifa con objetos debidos al arte y á la esplendidez de nuestras damas, que corresponden entusiastamente al pensamiento; vémosla, por último, en los salones del poderoso, unida con el pueblo, realizar el grande espectáculo en que manifestó Granada su noble magnificencia.

Semejante fenómeno se justifica tan gloriosamente para el Gobernador como para los granadinos, porque acusa en ambos idéntica nobleza de sentimientos, porque es indicio palpable de existir entre el que administra y sus administrados, union y confianza y además el nudo fuerte del cariño.

¡Dichoso el hombre que sabe sentir como un gran pueblo!

¡Dichoso el pueblo que se coloca á la altura de hombre tan ilustre, que merece ser su hijo!

Solo así se explica lo que ha hecho Granada. ¡Granada que, pobre cual la última provincia de la nacion española, ha socorrido á los murcianos entre las primeras! Solo así se comprenden los gratulatorios telégramas que la Junta de Senadores y Diputados, el Jefe de los liberales conservadores y el Ministro de la Gobernacion dirigieron al Sr. Jaudénes; solo así las alabanzas de la prensa local, y muy especialmente de la de Almería; solo así: siendo uno el gobernante y los gobernados.

II.

Voy á recordar sucintamente la historia del maravilloso esfuerzo de los granadinos, no sin sentir que los límites señalados á este opúsculo me impidan descender á detalles que, no por serlo dejan de interesar, cuando de tan sublime accion se trata.

El 22 de Octubre, en que se supo aquí oficialmente la noticia de la inundacion y de la patriótica actitud del Gobierno,

publicóse una circular, (1) firmada por el Gobernador, de la que reproducimos lo que sigue:

«*Primero.* Dentro de un plazo de 48 horas, quedará constituida y comenzará á funcionar, bajo la honrosa presidencia de nuestro digno Metropolitano, una Junta central de Socorros, compuesta de las personas que siguen: Presidente, Excelentísimo Sr. D. Bienvenido Monzon, Arzobispo de la Diócesis; Vicepresidente, Excmo. Sr. D. José María Jaudénes, Gobernador civil de la Provincia; Vocales, Sr. D. Manuel Rodriguez Bolívar, Presidente de la Excma. Diputacion provincial; Sr. D. Indalecio Abril, Alcalde de la capital; Sr. D. José Ruiz de Almodóvar, Vicepresidente de la Comision provincial; señor D. Melchor Almagro, Diputado á Córtes; Excmo. Sr. Duque de Abrantes, Senador del Reino; Sr. D. José Carreño, Diputado á Córtes; Excmo. Sr. Conde de Floridablanca; Excelentísimo Sr. D. Pablo Diaz Jimenez, Senador del Reino; señor D. José Toledo; Sr. D. Juan Ramon Lachica; Sr. D. Valentin Agrela; Sr. D. Luis Dávila Ponce de Leon; Excmo. Sr. Marqués de Casa-Blanca; Sr. D. José Rodriguez Palacios; Sr. Don Ramon Collado; Sr. D. Juan José Ramirez, Auditor de guerra; Sr. D. Rafael de Garay; Sr. D. Pedro Vasco y Vasco; señor D. Salvador Lopez Sagredo; Sr. D. Isidoro Perez de Herrasti; Sr. D. Francisco Cordon Cabrera; Sr. D. Gabriel Echevarría; Sr. D. Vicente Tello Coronado; Sr. D. Miguel de Galvez; Sr. D. José Dufoó, Delegado del Banco de España.

Segundo. Las funciones y encargo de esta Junta serán promover y desarrollar, lo mismo dentro de la poblacion que en el territorio de la provincia, auxilios en favor de las comarcas inundadas.

Tercero. Tan luego como reciban esta circular los Alcaldes dependientes de mi gobierno, reunirán á sus Ayuntamientos respectivos, y de acuerdo con lo mandado en el artículo 1.º de la Real órden de 17 de Octubre, publicada en la *Gaceta* del

---

(1) Véase el Apéndice B.

18, acordarán las cantidades con que puedan y quieran contribuir al objeto que la motiva.

Cuarto. La cantidad quedará ingresada en las oficinas que tiene el Banco en esta poblacion para antes del 31 de Octubre precisamente, participándoseme, al consignarla, la cifra á que ascienda.

Quinto. Veinticuatro horas despues de llegar á manos de los Alcaldes de los pueblos cabezas de partido las presentes disposiciones, constituirán aquellos Juntas que, patriótica y ardientemente, promuevan suscriciones, en metálico ó en efectos, á favor de los inundados, que hoy necesitan, para salir de su triste situacion, el concurso de todos los españoles, y remitirán del mismo modo, cada quince dias, á la Caja del Banco, las sumas que colecten, de las cuales pasarán nota individual á este Gobierno, para su publicacion inmediata.

Sexto. El Delegado del Banco, admitirá desde luego, con el carácter de suscricion nacional voluntaria, las cantidades que se le entreguen con destino al socorro de las provincias de Levante.

Sétimo. La Junta de Damas de honor y mérito de esta ciudad, á la que tantos y tan señalados beneficios debe la necesidad pública, tiene tambien en los momentos actuales ocasion de hacer ostensibles, una vez más, los delicados y nunca bastantemente agradecidos sentimientos de las señoras que la constituyen. El modo en que esto pueda hacerse, no ha de indicárselo respetuosamente mi Autoridad. Su buen juicio, su delicado criterio y la nobleza de sus corazones, no dejarán de recordar seguramente el conocido axioma *querer es poder* y que no hay obstáculo, por inquebrantable que parezca, que no sea pequeño y lo domine el esfuerzo de la mujer caritativa. Fije, pues, la Junta, su atencion en la importancia y trascendencia de la obra á que la llamo y encontrará de seguro fácil, accesible y sin espinas el camino que debe recorrer para llevar, la esperanza primeramente, y despues el consuelo, á las infelices víctimas de la inundacion.

Octavo. Y la prensa de la Capital, por último, celosa tam-

bien de contribuir por su parte, al noble y levantado propósito á que se encaminan las disposiciones de este acuerdo, dispensará á mi Autoridad, yo se lo ruego en nombre del huérfano y del pobre, decidida y filantrópica propaganda en favor del pensamiento que, en estos instantes, debe ser el único de todos los granadinos: el de allegar socorros á los desnudos y hambrientos que vuelven hácia nosotros su vista, ofreciéndonos el tristísimo y doloroso cuadro de un padre anciano que muere de extenuacion y de un niño que perece de frio.»

Esta circular, que resume lo que despues se hizo, produjo un admirable efecto, aplaudióla la prensa, y fué cumplida por todos con eficacia.

El 23 de Octubre se constituyó en los salones del Palacio Arzobispal la Junta organizadora de socorros, á la que asistieron el Arzobispo, el Gobernador, y los señores Duque de Abrantes, Conde de Floridablanca, Marqués de Casablanca, Lachica, Toledo, Martos Perez, Rodriguez Bolívar, Ruiz de Almodóvar, de Garay, Agrela, Cordon, Dufoó, Tello y Ramirez. El Arzobispo y el Gobernador pronunciaron elocuentes discursos, se acordó el nombramiento de Juntas parroquiales, que debian recaudar socorros en sus distritos, y se adoptaron otras importantes resoluciones, abriéndose la siguiente suscricion:

Excmo. Sr. Arzobispo. . . .	2.000 rs.
Excmo. Sr. Gobernador civil. . .	1.000 »
Excmo. Sr. Duque de Abrantes. .	10.000 »
Excmo. Sr. Conde de Floridablanca. .	1.000 »
Excmo. Sr. Marqués de Casablanca. .	500 »
Sr. D. Juan J. Lachica. . . .	4.000 »
Sr D. José Toledo.	1.000 »
Sr. D. José Martos Perez. . .	500 »
Sr. D. Manuel Rodriguez Bolívar. .	640 »
Sr. D. José Ruiz de Almodóvar. .	640 »
Sr. D. Rafael de Garay. . . .	500 »
Señores Agrela.	4.000 »

Sr. D. Francisco Cordon. . . .	500 rs.
Sr. D. José Dufoó. . . .	500 »
Sr. D. Vicente Tello. . . .	500 »
Sr. D. José Ramirez. . .	500 »
Total. . .	27.780 rs.

He aquí el punto de partida.

Desde este momento comienza la caridad más hermosa. La Junta reparte su alocucion, la Sucursal del Banco llena el *Boletin* con listas de suscriciones, y el fondo sube, sube...

¡Las explosiones del sentimiento tienen algo de divino! ¿Cómo narrar lo que sucedió entonces en Granada?

La colecta de las Juntas parroquiales produjo felicísimos resultados. El Ayuntamiento, la Diputacion, la Sociedad de Amigos del País, la Secretaría del Gobierno, la de la Junta provincial de Agricultura, la Seccion de Fomento, el Cuerpo de Orden Público, el de Telégrafos, la Administracion Económica, la de Correos, la Sucursal del Banco, la Secretaría del Municipio, todos sus empleados, los de la Alhambra, los del Presidio, los de Pósitos, los de Estadística y Evaluacion, los de la Secretaría de la Diputacion provincial, los serenos, los carteros, los Ingenieros de caminos, los de montes, los de minas y mil corporaciones y dependencias civiles que es imposible enumerar, suscríbense, ansiando socorrer las desgracias de Murcia.

El Rector de la Universidad encabeza otra suscricion á la que contribuyen gustosos y espléndidamente los Doctores del Claustro, y los empleados de la Secretaría, Biblioteca, Archivo y demás dependencias del Establecimiento. La Junta de Instruccion pública da á luz su circular excitando los caritativos sentimientos de los profesores de primera enseñanza, el Instituto sigue el proceder de la Universidad, y, asimismo, la Academia de Bellas Artes, el Colegio de Santiago y las escuelas públicas.

La Audiencia, los Juzgados municipales y de primera ins-

tancia, el Colegio de Abogados, el de Notarios y el de Procuradores, donan respetables sumas.

La suscricion de la Secretaría del Arzobispo alcanza muy buen éxito. En la Catedral celébranse honras fúnebres por el descanso de los que murieron en la inundacion, y los músicos y los cantores de las solemnes exequias, á las que concurre la Junta central de socorros y un inmenso gentío, niéganse á percibir sus honorarios.

En la Capitanía general sube bien pronto la recaudacion, pues la encabeza el Jefe del Distrito y se inscriben el Estado Mayor, la Seccion y Archivo, el Batallon Cazadores de Cuba, los de Borbon, el de reserva, la Guardia civil, el Cuerpo de Sanidad Militar, y otros que mi débil memoria no retiene.

III.

Á la vez que en los círculos oficiales adquiria tal desarrollo la obra de caridad, en esfera más independiente, donde las Musas labraron su templo, se pronunció tambien la sublime palabra.

Hay en la ciudad de los arabescos y de las flores un café, á veces santuario del arte y sitio donde luce su inspiracion un célebre violinista: es el café del Pasaje. El oro y el color brillan en su techumbre, la luz se refleja en los altos espejos que sirven de tapiz á sus paredes de estuco, el aire, cargado de vapores y de sonidos, que allí se respira, embriaga, hace sentir mucho y pensar poco, y trasporta la imaginacion á regiones más puras que estas en que vivimos.

Al mediar el 26 de Octubre llenaba el café numerosa y distinguida concurrencia. Fortuny, y con él cinco músicos notables, ocupó el estrado: las melódicas armonías de Suppé, el hermoso y célebre duo de Thalberg y Beriot sobre *Gli Ugonoti*, la fantástica inspiracion de *Dinorah*, una de las producciones más brillantes del clasicismo, y el fascinador wals *No me olvides* promovieron oleadas de aplausos en los concurrentes. El Gobernador civil que asistia al concierto, envió á Fortuny una

esplendente botonadura de oro y perlas, con tan galante dedicatoria que, más que las perlas y el oro, son de apreciar las frases estampadas en aquel besalamano.

Despues hubo lectura de poesías por los Sres. Lopez Muñoz, Cobos, Lasala y Castellanos; y, nuevamente, plácemes y palmadas. Tal fué la fiesta del Pasaje que organizaron los dueños del café y los Sres. D. Melchor Almagro, D. Eduardo Rodriguez Bolívar, D. José Carreño, D. Antonio Lopez Muñoz, don Pablo Perales, D. Enrique Castellanos, D. Luis Lasala y don Francisco Javier Cobos, y produjo 2.280 reales.

Es la noche del 29 de Octubre. En el Campillo está la Exposicion de figuras de cera. Un tablado la sirve de ingreso, y allí agítase un hombre que excita á los curiosos á ver la exposicion por el débil recinto circundada.

—¡Para los inundados, señores...! ¡Por un real ¿quién no ve la magnífica exposicion y socorre á sus hermanos hambrientos? Ahí admirarán ustedes la famosa Venus, el asalto de la Bastilla, el taller donde se afeitan los quintos de París! ¡Por un real! ¡Por un real!

La voz del personaje que grita, el rum-rum cavernoso de un organillo que entona el canto de Rouget de Lisle, y los sones de la banda de la estudiantina que ejecuta la Marcha Real, al confundirse con las peroraciones del dueño de la exposicion, constituyen un abigarrado é inarmónico conjunto que hace latir el corazon muy deprisa y brillar consoladora lágrima en los ojos.

Porque aquello es más de lo que algunos piensan. Aquel hombre que, venido de las orillas del Loira, abraza á un estudiante y ofrece su trabajo en beneficio de los españoles, aquel rumor en que se confunden la Marcha Real y la Marsellesa, es el abrazo de dos pueblos, es el ósculo fraternal que la Francia imprime en la frente de su España querida, es un indicio de que los hombres van comprendiendo su fin, es un paso de gigante en el camino de la civilizacion y del progreso.

Mil setecientas setenta y tres pesetas y cincuenta céntimos

recibiéronse en el Banco como producto de la funcion del Principal. En dicha funcion, los actores lograron conmover al numeroso público, que guarda dulce recuerdo de la Ruiz, de la Rodriguez, de la Rovira, de Tamayo, Galvan, Barceló, Cubas y Vazquez.

Todos los actores, músicos y dependientes cedieron sus asignaciones; la Empresa costeó los gastos del local, y el producto íntegro de la recaudacion en ventanilla, sin merma alguna, fué la cantidad entregada.

Toques flamencos por el guitarrista Carrasco; jaberas, perteneras y malagueñas que cantó la Dolores Torcuato; seguidillas por Romero; baile de palillos, en el que hubo de lucirse Dolores la Romana; rondeñas que bailó otra Dolores: hé aquí el resúmen de lo que hizo el Café Cantante para socorrer á Murcia.

El segundo domingo de Noviembre celebró el Liceo brillante solemnidad artística. Las Srtas. D.ª Cármen Quesada y Doña Remedios F. de Cuenca lograron ceñir de laurel sus frentes, en las que han depositado purísimo beso las Gracias y las Musas. Los Sres. Cuenca, Tablada, Gamiz, Castellanos y Castilla hicieron recordar á los concurrentes los tiempos de gloria en que el granadino era el primer liceo del Mundo, aquel período de luz que se proponen restaurar los que actualmente dirigen la corporacion. Fortuny y el pianista Guervós fueron aplaudidos con frenesí. La banda de Borbon tambien hubo de arrancar aplausos. Rifáronse las joyas que dieron con este propósito D.ª Matilde Lain y D.ª Adela de Pablo Blanco, y, con los ingresos de la fiesta, se mitigó la gran desgracia.

D. Antonio Cuesta concibe el feliz pensamiento de dar un concierto de guitarras y bandurrias que, realizado con el apoyo del Gobernador civil, produjo la cantidad de 1,047 reales para los sobrevivientes á las inundaciones, y sincerísimos plácemes á los artistas que lo ejecutaron.

IV.

Un animado rumor suena en la calle. La armonía de los instrumentos se confunde con el murmullo de la gente, con el abrir de los balcones y el correr de los curiosos: los estudiantes pasan. Van tremolando la bandera española; la juventud y la caridad brillan en sus ojos, sus cabellos ondulan en desórden, llevan el sombrero en la mano y la insinuante súplica en los labios.

¡Quién les negará la limosna que, tan cortesanamente, piden? ¿Qué mujer caritativa desoirá sus ruegos? ¿Qué hombre ha de rechazarlos?

Acompañada de las músicas del Ejército recorre la Estudiantina la ciudad entera, y logra reunir 7,948 reales, amen de muchos donativos en especie que remite á las poblaciones menesterosas del apoyo de la nacion.

Hay en la Universidad de Granada un catedrático nacido en la provincia de Murcia, el Sr. D. Juan de la Gloria Artero. Con su cariño me honro y con sus sabias lecciones, que recibí en la facultad de Filosofía. Conocer el desastre y pensar en el socorro de Murcia, fué simultáneo en la inteligencia del insigne maestro.

No habian menester insinuacion los estudiantes de las regiones inundadas. El 26 de Octubre se reunieron y se constituyó la Junta directiva del auxilio: el Sr. D. Juan de la Gloria fué Tesorero y Presidente honorario; efectivo, D. Ricardo Fernandez Abril; de bandera, D. Cristóbal Collantes; Vocales, D. Antonio Palomo y D. Manuel Multedo.

Organizada la Estudiantina, hubo de repartir su elocuente circular, recorriendo despues la poblacion con las músicas militares. El 28 de Octubre publicó una carta gratulatoria, refiriéndose especialmente á los señores Gobernador, Duque de Abrantes, Herrasti, Capitan General, y, por un esceso de cor-

tesía, á mí, que no lo he merecido, aunque hice por aquella lo que pude. «Los pasos que anduvo por nosotros el Gobernador, decia la carta, no los borrará el tiempo; forman parte de nuestra vida; á él le debemos mucho, si logramos poner cima al cometido que nos hemos impuesto.»

El 16 de Noviembre los estudiantes Multedo y Palomo, en nombre de su patria, publicaron otra circular en que dicen: «Granada y Murcia se han unido en estrecho é indisoluble lazo, mediando por parte de la primera la caridad, sublime palabra escrita por un Dios con la preciosa sangre que derramara en el Gólgota, al redimir al humano pecador linaje; mediando por parte de la segunda la gratitud, palabra inventada por los hombres é impresa con lágrimas en el corazon agradecido.»

V.

Son los salones del caballeroso Duque de Abrantes el punto obligado en que se reune la alta sociedad granadina: la belleza, la autoridad y el talento resplandecen allí con brillantez deslumbradora.

En la velada del 26 de Octubre, el Gobernador suplica á la Marquesa de San Fernando, en aquellos salones, un donativo.

La señora le contestó con angelical sonrisa, desprendiendo de uno de sus esculturales brazos la pulsera que en él llevaba.

Este noble rasgo de caridad engendró el pensamiento de una rifa para socorrer á los infelices labradores de Levante. Iniciado por el Gobernador civil, la Junta organizadora formada, con su presidencia, por los Sres. D. Diego del Castillo, D. Antonio Cordon Cabrera, D. Manuel Obren, D. Juan Hurtado Sanchez, D. Joaquin Gavilanes Leon, D. Luis Dávila Zea, D. Mariano Dorado, D. Cárlos Romero Paz, D. Ramon Bravo, D. Francisco Cordon Cabrera y D. Ramon Padilla, desplegó bien pronto una actividad plausible.

El 3 de Noviembre se envia á los pintores una circular, suplicándoles su valioso concurso, que prestó la primera D.ª Amalia Arjona del Pulgar, mujer de tan gran hermosura como de sublime genio: ella donó un cuadro, piedra fundamental del maravilloso edificio que la esplendidez, el talento y la inspiracion de las damas y los artistas construyeran. El 14 de Octubre dirigió el Jefe de la provincia una carta á las señoras ampliando el pensamiento y pidiéndoles que contribuyesen con sus donativos á realizarlo.

Lienzos, tablas, acuarelas en que luce la más fecunda imaginacion, bordados hechos con sin igual delicadeza, mullidos almohadones de crochet y sedería, juegos de tocador de cristal mate rameado de oro, y multitud de objetos debidos á la fantástica imaginacion de la industria francesa, se sortearon en la rifa que se celebró en los salones capitulares.

Rico terciopelo cubre las paredes del local, blanda alfombra las escaleras; las músicas del Ejército dan esplendor al solemne acto, que principia con la lectura de un discurso del Gobernador, notable por la propiedad de las ideas, por lo oportuno de los recuerdos que en él se evocan, por los rasgos de poesía que nos revelan al escritor distinguido.

Cinco minutos despues son leidas composiciones poéticas de D. Juan Justiniani, de D. Francisco Jimenez Campaña, de D. Rafael Ramirez de Arellano, de D. Cárlos Matilla, de Don Francisco Camps, de D. Mariano Poggio, de D. Enrique Castellanos, de D. Gabriel de Enciso, de D. Eloy García Valero y de D. Patricio Fernandez Abril.

Por último, se sortearon los premios.

Tal fué la rifa de la caridad en los salones del Municipio: allí brillaban como las puras flores de nuestros cármenes la belleza de las mujeres granadinas, el talento de los oradores y de los vates, el lujo, el esplendor más inusitado, la caridad más ardiente.

VI.

Los periódicos indicaron, en Granada como en Madrid, el

movimiento caritativo. *El Universal* del 21 de Octubre abre la suscricion en sus columnas. *La Lealtad* lo hizo tambien posteriormente; pero el resultado fué muy exiguo, si se compulsa con el que obtuvo la prensa en Sevilla, en Madrid y en Linares, por ejemplo.

El 25 de Octubre decia el Gobernador á las señoras: «Implorad personalmente la caridad de vuestros convecinos, deseosos de que les pidais para corresponder á vuestra demanda: haced la cuestacion *de casa en casa*, *persona por persona.*»

El mismo dia en que publicábase esto, la ilustre Junta de Damas de honor, de la que es dignísima Presidente D.ª María Luisa de Toledo, se congrega en sesion, á la que hubo de asistir, por un envidiable privilegio, el Sr. Jaudénes.

Y las nobles damas, nobles por su virtud, por su timbres y su hermosura, realizaron la idea que indicó el representante de S. M. en la Provincia, y fueron *de casa en casa*, *persona por persona* á recoger donativos.

¿Es posible concebir una accion más laudable?

¡Ellas, acostumbradas á todos los refinamientos del esplendor y el lujo, ellas mendigando una limosna!

¡Oh, mujeres increibles, yo admiro vuestra caridad, yo, que no tengo frases con que elogiarla!

Consignaré los nombres de D.ª María Quiles que se ha suscrito, la primera, en el Banco; y el de un impresor generoso, D. Paulino Ventura Sabatel, que publica este opúsculo y niégase á recibir el importe de la caja y del material que emplea.

Ni olvidaré la suscricion que iniciaron los alumnos del Sacro-Monte, ni los donativos de la Juventud Católica, del Círculo de la Union, del Casino Principal, de... Pero ¿adónde voy? ¿Cómo seguir esta interminable lista? ¡Cómo! ¿si hasta en el cieno y en el crímen, en los penados del presidio, brota la flor pura y resplandeciente de la caridad y la virtud?

VI.

Conclusion.

Los estrechos límites que impuse á este trabajo y la precipitacion con que lo escribo me hacen cortar su vastísima materia.

No consigné, ni por asomo, lo mucho que, digno de loa, realizó Granada, condoliéndose de la triste Murcia. No me he ocupado de las crecidas recaudaciones en Motril y Alhama, ni de la de Loja y funcion de su Liceo, ni de la que hubo de verificarse en el de Guadix, ni de la fuerte suma que donó el Obispo de esta diócesis, ni de las de la ciudad y los círculos de recreo; nada dije de las honras fúnebres que se celebraron en Sorvilan, ni del heróico esfuerzo de Daifontes, aldea en que muchos se quedaron sin comer por contribuir á la nacional limosna; olvidéme de Huéscar en la que se improvisó un teatrito y celebróse caritativa solemnidad dramática; de Íllora, de Santafé, de Ugíjar, de Montefrio, de Iznalloz, de Albuñol, de Dílar, de Pinos-Puente, de Játar, de Dehesas-Viejas, de Campotéjar, de Jun, de Zafarraya, de la Zúbia, de Chite y Talará, de Puebla Don Fadrique, de Lugros, de Cájar, de Aldeire, de Fuente Vaqueros, de Restábal, de Otura, y de todas las demás poblaciones que han contribuido con su óbolo á la suscricion.

Y hubo pueblos de la provincia, en los que tambien se ensañaron las inundaciones y los huracanes. Ahí está Albuñol, que el 29 de Octubre se vió sorprendido por una terrible tormenta: las ramblas se convirtieron en torrentes que arrastraron al mar dos campesinos, de los que el mar proceloso devol-

vió sus cadáveres hinchados; el viento barrió sus fértiles campiñas y arrancó las cabañas de sus labradores. Ahí están la Rávita, Sorvilan y Gualchos: ved sus cosechas; se perdieron: ved el destrozo de los vendabales, y os admirareis de su caridad ardiente y generosa.

El siniestro de Murcia, ya que no enseñanza, porque allí es muy difícil, sino imposible, evitar las inundaciones, encierra un aviso á los propietarios de la Vega granadina, que merecen la más inexorable censura. Yo se la dispensaré en atencion al título de elogio que doy á este folleto.

Un rio se despeña desde la charca de Abul-Hacen, ahondando furioso su cauce de granito: es el Genil, que en Láchar oculta su perfidia con la serenidad de su corriente.

Pero yá le conocen los de la Vega, yá saben que, cuando los hielos se derriten ó la tempestad se desgaja sobre la montañosa region de sus afluentes, el Genil se hincha, destruye sus indefensas márgenes, y sorprendiendo á los labradores, destroza sus plantíos.

Si una tormenta como la que cayó el 14 de Octubre en la Serranía de Vélez-Rubio, se formara en la cumbre del Mulhacen, y si al mismo tiempo, engruesa la corriente del Darro, y la del Monachil y el Beiro, y las del Cubillas, el Cacin y el Dílar, y las del Aguas Blancas y el Mateina la del Genil acreciesen ¡pobre Vega granadina!

El prevenir tal desastre, no es, por ventura, difícil: el proyecto de margenacion del rio está planteado.

¿Serán inútiles las gestiones del Gobernador de la Provincia?

¿Tendremos que lamentar una catástrofe tan terrible como la de Murcia?

APÉNDICES.

Apéndice A.

I.

DISCURSO

leido por el Excmo. Sr. D. José María Jaudénes, en el acto de la rifa celebrada en el Ayuntamiento á favor de las víctimas de las inundaciones de Levante.

Señoras y Señores de Granada:

Cuatro siglos van á cumplirse próximamente, que excitados vuestros mayores por el espíritu levantado y el corazon generoso de la primera de nuestras figuras históricas, de la magnánima Reina Isabel, siempre de grata y veneranda memoria para el pueblo cristiano, se desprendieron de sus vestidos y empeñaron sus joyas, para acudir en ayuda del pobre y del desvalido que sucumbia víctima de los estragos de una mortífera epidemia. Dias de grandes y nobles ejemplos tuvieron lugar entonces y muy alto y muy sobre los de todos los de los pueblos católicos de aquella centuria quedó inscrito el nombre del de Granada en las bellísimas hojas del libro de la caridad.

Hijos vosotros de los que así se condujeron ante el infortunio de sus hermanos, habeis heredado con sus nombres y sus timbres, cualidades que son en mucho superiores á los privilegios de la cuna y á los accidentes del acaso: la honradez en el proceder y los sentimientos del alma.

Bien probado lo teneis: la historia de este país de todos los tiempos, registra en sus anales hechos elocuentes que así lo atestiguan; pero si todavía hubiera sido preciso para completar vuestra ejecutoria de nobleza algun nuevo acto, algun otro testimonio que la evidenciara con caractéres irrecusables, lo tendríais muy robusto, muy cumplido y muy relevante con el que acabais de realizar en los últimos dias al llegar á vuestro conocimiento el desastre, por todo extremo doloroso, de los infelices pobladores de las provincias del Sudeste.

¿Dónde mayor alarde de patriotismo y abnegacion?

Dentro del plazo de cuarenta dias les habeis remitido cuatrocientos mil reales en metálico, cantidad verdaderamente discordante con vuestra posibilidad y cien mil en ropas, y en estos momentos, con este interesante epílogo digno de vuestra cultura y de la elevacion caballeresca de vuestro carácter, lês proporcionais un nuevo recurso, bien importante por cierto, y otra nueva prueba de la fuerza de vuestra voluntad.

Satisfechos sino enorgullecidos debeis estar, habitantes de esta Provincia, de vuestra conducta para con los almerienses, alicantinos y murcianos. Llamaron á vuestras puertas en instantes de tribulacion y las encontraron abiertas. Habeis enjugado las lágrimas del huérfano, defendido el pudor de la doncella desnuda y avergonzada y amparado el desvalimiento del anciano sin familia.—Sois pobres y les habeis dado como si fuérais ricos.—No puede exigirse más, ni debia esperarse menos de quien como vosotros tiene en todo lo que vale vuestro renombre de cristianos, y de cristianos misericordiosos.

El Gobierno de S. M. el Rey (q. D. g.), la Junta central de Socorros establecida en la Córte, el Gobernador de Almería, á cuya provincia han sido remesados vuestros donativos en géneros y ropas, os han dicho ya en su nombre y en el de los necesitados para quienes son vuestros auxilios, hasta dónde y de qué modo aprecian la espontaneidad de vuestra hidalguía; yo mismo, Señoras y Señores de Granada, os he significado repetidamente mi complacencia por vuestra conducta, y mi gratitud por las señaladas muestras de distincion con que me habeis

favorecido al practicar gallardamente vuestros sentimientos de caridad en favor de los inundados; pero todo esto seria pequeño, pobre, deficiente, exígua recompensa á vuestros esfuerzos sino contárais con una que es mayor que todas y que debe llenar por completo el objetivo de vuestras aspiraciones: con la absoluta seguridad de que vuestra obra ha sido acepta á los ojos del Rey de los reyes, de aquel que tiene por pedestal el Mundo y las estrellas son el polvo que á su paso levanta, del que brilla en el risueño íris y cuya voz poderosa es la voz de los huracanes, del Dios justiciero, en suma, que así como forja el rayo y descarga la tormenta de su enojo contra los pueblos que lo merecen, clava tambien sobre sus ruinas la enseña de la redencion y despierta el sentimiento de la caridad en los buenos corazones, en corazones como los vuestros de pura raza española, para los cuales no hay nada imposible cuando se trata de levantar al caido y de ayudar al menesteroso.

Sí, granadinos, esa confianza, esa certidumbre es el único y solo galardon digno de vuestras acciones. Daos con ella por remunerados del alimento y del abrigo de que habeis privado á vuestros hijos para remediar á vuestros hermanos que os los pedian desnudos y hambrientos, y no olvideis nunca, como yo os ofrezco conservarlo permanentemente en mi memoria, el recuerdo para todos honrosísimo de haber mendigado humildemente de puerta en puerta, con el corazon dolorido, para los infelices inundados de 1879.

He dicho.

II.

POESÍAS

que se leyeron en el acto de la rifa que hubo de celebrarse el 14 de Diciembre en los salones del Ayuntamiento de Granada.

INUNDACION DE MURCIA.

Al Excmo. Sr. D. José Jaudénes, Gobernador Civil de Granada.

Romance I.

Reina la noche: la tierra
al sueño vése trabada:
todo en ella en paz reposa:
todo duerme: todo calla.
Es su silencio tan mudo
y tan solemne, que iguala
al que domina en el seno
de la negra tumba helada.
Lucen nítidas estrellas
que el celeste campo esmaltan,
y á trechos flotantes nubes,
cual humo leves, lo manchan.

Cándida luna, brillando
en las tinieblas cual lámpara,
de su rayo misterioso
la pálida luz derrama;
y de la fuente y del rio
en las cristalinas aguas,
y en la ondulante llanura
del ancho mar se retrata.
¿Quién en tan hondo silencio,
quién en tan augusta calma
presintiera tempestades,
ó inmensos males soñara?
Súbito, cual ráuda tromba
que á sembrar estrago arranca,
el ángel del exterminio
en el espacio se lanza.
Viste parda y luenga túnica
empapada en sangre y lágrimas,
que desciende en anchos pliegues
de los hombros á la planta.
De sus ojos las pupilas
fulgen, cual ardientes ascuas:
su aliento es letal ponzoña
que destruye y hiela y mata.
Embozando el firmamento,
despliega las negras alas,
y al batirlas, la tormenta
su iracunda voz desata.
Otea leve un instante
pueblos, palacios, cabañas,
y en el límpido Segura
al cabo los ojos clava.
Veloz desciende: lo azota,
turbando su linfa clara,
y lo trueca en mar soberbio,
erizándolo en montañas,

que con ímpetu espantable
allá van, rompiendo vallas,
cual despeñado torrente,
que cuanto halla al paso arrastra.
Vedlas, ay!... Á volcar vuelan
turbias, hirvientes, preñadas
de males, lutos y horrores,
en las campiñas murcianas!
¡Y aun duermes, Murcia!... Y la muerte,
jamás de víctimas harta,
sonrie al verte, y te elige
para pasto de su saña!
¿No oyes su rugir? La impía
en tí ya su huella estampa,
y no hay hogares ni muros
que á su ira ardiente no caigan.
Solo Dios salvarte puede!...
Él solo!... Á implorar su gracia
despierta, Murcia, despierta!...
¡Ay de tí, si á Dios no apiadas!!

II.

Desgarradores gemidos,
quejas que el aire importunan,
áyes, sollozos, plegarias,
de espanto voces confusas,
gritos roncos, maldiciones
en que revienta la furia....
cuanto con voz y eco expresa
cólera, y dolor, y angustia,
y fatiga, y desaliento,
y valor, y audacia, y lucha....
todos esos gritos y écos
que honda agitacion acusan,

parece que confundidos
unos en otros, se juntan
con el estridor horrendo
de techos que se derrumban,
y el hervor y los bramidos
de revueltas aguas turbias,
un solo son produciendo,
son que asorda y atribula,
son bárbaro, son salvaje,
son inmenso, no oido nunca;
y es el son que parte al viento
de los hogares de Murcia.
De Murcia!... que ayer soñaba
en paz risueñas venturas,
y hoy ve volar esos sueños
que hasta las penas endulzan!...
De Murcia!... que llora y gime
en noche aciaga y oscura
y medrosa, cual los ántros
que jamás el sol alumbra!...
De Murcia!... que ayer se alzaba
ufana de su fortuna,
y hoy pobre, y desnuda, y sola
con la fiera muerte lucha!
La hiel de todas las penas
allí los pechos apuran,
y de todos los dolores
súfrese la ira sañuda.
Allí graciosas doncellas,
esbeltas, cándidas, puras,
que con su mirar el hielo
incendian, y al sol deslumbran:
allí gallardos mancebos,
varones de edad madura,
bellos, inocentes niños,
y matronas que en sí adunan

beldad, amor y modestia,
y bondadosa ternura....
la niñez, la edad florida
y la ancianidad caduca,
un mar, sobre ellas volcado,
en la eternidad sepulta!
Al fin soñolienta aurora
tan horrendo cuadro alumbra.
Murcia es, ay! piélago inmenso,
fiero, espantoso en que ondulan
mil cadáveres sombríos,
y en que flotan leves cunas
con ángeles, que aun reposan
cuando á dar van en la tumba!...
En Murcia hay séres que llaman
con lágrimas de amargura
al padre, á la esposa, al hijo,
prendas que no hallarán nunca!...
Hay en Murcia horribles males,
que el alma oprimen y enlutan!
Hay huérfanos infelices
que piden pan!—¿En su angustia
no habrá en nuestra noble España
quien á ampararlos acuda?

III.

Orilla del Manzanares
Vírgen pura se levanta,
la vista fija en el cielo,
la faz cubierta de lágrimas,
de sus cabellos las trenzas
en blanco lino veladas,
y del cuello á la cintura,
de la cintura á la planta

ocultas sus bellas formas
en tosco sayal de lana.
¿Quién es?— Contempladla!... Es ella
la que la orfandad ampara:
la que da pan al hambriento
templando sus negras ánsias:
la que ofrece en cristal limpio
á sedientos labios agua....
la que redime al cautivo,
y al par los hierros quebranta
del mísero esclavo negro,
diciéndole, «soy tu hermana!»
¡La Caridad!... que en las lides,
al silbar de ardientes balas,
alza del polvo al herido,
y la sangre le restaña!...
La Caridad!... que se muestra
en las contagiosas plagas
al lado del moribundo
con abnegacion que pasma,
y por sarvarle la vida,
muere en la heróica demanda!...
La Caridad...! que no tiene
propio hogar ni propia patria,
porque su patria es el mundo,
la del llanto su morada!
Vedla! ¿Qué anhela?.. ¿Qué pide?
Oidla. Su voz exclama;
«Murcia llora!... está desnuda!...
«la acosa el hambre y desmaya!...
«Corramos á darla abrigo,
«y á darla pan, y salvarla!
«Hermanos, una limosna,
«y Dios os la tenga en gracia.»
Tal dice. Su voz es dulce
como suspiro del alma,

y hallando sublimes écos
vuela del céfiro en alas.
Repítela el mantuano:
suena del Tajo en las aguas,
y en las del Ebro y del Bétis:
extiéndenla el Guadiana
y el Turia, el Segre y el Cinca;
y vuélvenla los que bañan
la rica vega y los muros
de la arabesca Granada.
Va en el bullir de las olas,
de espuma en copos rizadas,
desde la opulenta Gades
á la indómita Cantábria.
Y de un valle en otro valle,
y de montaña en montaña
llega al fragoso Pirene,
su excelsa cumbre traspasa....
¡No hay pueblo, do no se escuche
esa dulce voz que exclama;
«para Murcia una limosna,
y Dios os la tenga en gracia!..»
¿Y habrá en tierras de Castilla
pechos que esquiven el darla?
No!... que de Iberia á los hijos
en la niñez amamantan
madres de sin par nobleza,
y más que nobles cristianas;
y si bravos cual leones
vencen sangrientas batallas,
tienden la mano al vencido,
y apadrinan la desgracia.
Aquí sublimes virtudes
en férreo nudo se enlazan
con el valor siempre heróico,
y la altivez no domada.

Hay aquí paños que enjuguen
lágrimas propias y extrañas;
y á salvar la independencia,
por muros, pechos y lanzas.
¡Hablen, si no, las cenizas
de Sagunto y de Numancia!...
Díganlo, si no, las lunas,
que si con traidoras armas
en el turbio Guadalete
el láuro del triunfo alcanzan,
rotas despues y vencidas
en cien sangrientas jornadas,
á no volver más, huyeron
á las costas africanas!...
Las huestes del Sena díganlo:
hablen sus gloriosas águilas
de Austerlizt, Marengo y Jena,
en sangre en Bailen ahogadas!...
¡Díganlo.... ¿Á qué? ¿No es Castilla
esa matrona magnánima,
que hallando estrecho el espacio
que su augusto imperio abarca,
lanza á los mares su proras,
y un mundo á su cetro engarza?
¡Alienta, abatida Murcia,
hija de esta heróica España!...
Alza la faz!... que á tí vuela
la Caridad sacrosanta
á derramar en tus campos
torrentes de oro y de plata!
No habrá en tí pobres ni huérfanos;
que ella, que en amor se inflama,
madre tierna sin segunda,
prohijándolos, los ampara!
Con ella van á tus valles
las virtudes sus hermanas,

la que muestra al hombre el cielo,
y la que al hombre acompaña
desde la cuna á la fosa,
do el dolor y el gozo acaban.
Ellas por tus hijos muertos
alzarán á Dios plegarias,
que repetirán los ángeles
al son de divinas arpas.
¡Ten pues, Murcia, fé, y espera!
No más ayes!... no más lágrimas!
La Caridad es contigo,
tiéndete el manto y te abraza.
¡Ella, que voló á salvarte,
te salvará!—¿Qué no alcanza
la Caridad, que va unida
á la Fé y á la Esperanza?

JUAN JUSTINIANO.

Diciembre de 1879.

SIN HOGAR.

Sobre los tristes despojos
De pobre y yacente hogar
Un anciano con pesar
Está postrado de hinojos;
En vano enjuga los ojos;
Que al apartar de su frente
Con fiebre la mano ardiente,
Parece da campo abierto
Entre gemidos, incierto,
Á las aguas de un torrente.

Allí con mengua y desdoro
Bajo el sudario de cieno
Que el turbion de rabia lleno
Formó, yace su tesoro;
Dote más rico que el oro,
Que entre guijas amarillas
Deja el Dauro en sus orillas;
Porque allí están sepultados
Los nietos que alborozados
Saltaron en sus rodillas.

De aquel árbol corpulento
Que prestó sombra á su cuna
Y que en lodosa laguna
Ya no es asombro del viento,
Arrancó fiero y violento
Á su esposa el ancho rio;
Y parece que sombrío
Hunde en el cieno la frente,
Porque pudo la corriente
Más que su amoroso brío.

Aquí del fuego al calor
Contó á sus nietos leyendas,
Allí nocturnas contiendas
Tuvo de encendido amor,
Allá abundante sudor
Bañó su rostro en la tierra
El surco abriendo, en que encierra
Del hambriento pueblo el pan,
Y allá vió con negro afan
Partir un hijo á la guerra.

¡Santos y dulces lugares
Amados con el cariño
Con que el juego quiere el niño
Y el poeta sus cantares;
Bálsamo de hondos pesares,
Nido de amor infinito,
Templo de calma bendito,
Que tiene atraccion tan fuerte,
Que en batalla con la muerte
Con fuerza llama al proscrito!

¡Con cuánta pena el anciano
Vestido de cieno os mira
Y volcado por la ira
Del negro aluvion insano!
Ya su vega es un pantano
Y cuando la noche cierra
El aire del alta sierra,
Que mueve la mustia parra,
No trae el son de la guitarra,
Que trae lamentos de guerra.

Ayes de madre que errando
Por la ribera del rio
Le están en su desvarío
Por sus hijos preguntando;
Gemido lloroso y blando
De hermosa de labios rojos
Que al torrente en sus enojos
A que le arrastre provoca,
Porque quiere con su boca
Cerrar de su amor los ojos.

Y el anciano al Criador
Suplica y triste se inclina
De su hogar en la ruina
Rendido por el dolor;
Sus párpados al rumor
De las hojas que violento
Del suelo levanta el viento
Cierra trémulo, inconsciente,
Y escucha confusamente
Voz que endulza su tormento.

Es la voz sonora y grata
Del pueblo que en lucha fiera
Puso al sol con su bandera
Ancho dosel de escarlata;
Del pueblo que se dilata
Desde Tarifa al Moncayo,
Que hoy rasga su pobre sayo
Y cubre á Murcia desnuda
Y con su aliento le ayuda
A tornar de su desmayo.

Es la voz clara y potente
De los ingenios que viven
En el mundo que conciben
De amor en la esfera ardiente;
Son los genios de alta frente
Que para allegar sustento
Del Táder al hijo hambriento
Se arrancan del alma herida
Y dan con fecunda vida
Los hijos del pensamiento.

Es la voz dulce, hechicera,
De nobles damas de España,
Que las huellas que el sol baña
Siguen de Isabel Primera;
Y, cual ella dió sincera
Sus joyas al héroe santo,
Que buscó un mundo de encanto,
De sus perlas hacen don
Para calmar la afliccion
En otro mundo de llanto.

Y el anciano sin hogar
Que ve á la España cristiana
Que de su pueblo se afana
El lloro triste á enjugar,
Dice, mirando el lugar
Donde muriendo el placer,
Vió á sus nietos fenecer:
—¡Hijos que estais en la gloria,
Rogad, tened en memoria
A la patria que os dió el sér!

Francisco Jimenez Campaña.

Granada 7 de Diciembre de 1879.

DIES IRÆ.

Henchido el corazon de acerbo duelo
que el alma angustia, oprime y encadena,
alzo los ojos suplicante al cielo,
é inspírome á cantar tan honda pena.

¡Qué mucho que del mar del pecho mio
al rostro salten olas de amargura
el cuadro al contemplar triste y sombrío
que su cáuce al romper trazó el Segura!

No será mi cadencia melodiosa
canto de ruiseñor, himno de amores;
solo al viento daré la congojosa
queja del alma presa de dolores.

Ayes de compasion que desprendidos
del corazon expresen su tristeza,
y que hagan donde quiera al ser oidos
erizarse el cabello en la cabeza.

Voy á cantar en mi amargura insana
la ira con que Dios lanzara un dia
su inefable justicia soberana
sobre Alicante, Murcia y Almería.

Allí envuelto en la nube al ronco estruendo
Con que su seno rasga el rayo ardiente,
pavor y yerto espanto difundiendo,
mostróse al hombre el Padre Omnipotente.

Abrió las cataratas de los cielos,
el rayo despidió: tiniebla oscura
la tierra envuelve en funerarios velos,
y fué la Huerta inmensa sepultura.

Por las ramblas altísimas corrieron
las aguas á inundar la fértil vega,
los rios vano el valladar hicieron
y un mar en la llanura se despliega.

No respeta su furia los altares,
ruinas por doquier deja á su paso,
no hay yá en el campo rústicos hogares
y es dique el monte á su poder escaso.

Del seno maternal vése arrancado
el niño por el férvido torrente,
rueda en sus turbias aguas sepultado,
y aunque se mira puro é inocente,

no lo respeta la corriente brava;
pues en su propia cuna, confundido
entre las aguas, su existir acaba
en infecto pantano sumergido.

Allí la madre, asiendo entre sus brazos
al fruto de su seno, se defiende.
¿Quién podrá quebrantar tan fuertes lazos?
El rayo que en el éter Dios enciende,

súbito brilla en la extension del cielo,
recorre los espacios, y arrebata
á la madre y al hijo, rompe el suelo
y los lanza en la loca catarata.

Allí á la Vírgen consagrada y pura
la inundacion la envuelve en un momento;
lo mismo á la que vive en la espesura
que á la que reza dentro del convento

les roba de su aliento los suspiros,
mata de amor las luces de sus ojos
y cadáveres yacen, do perdidos
se ven de su pureza los sonrojos.

Allí el hombre robusto, el que de Atlante
resistiera al poder, pierde su fuerza
y llévale el torrente á que espirante
con ánsias de agonía se retuerza.

Los ancianos, los niños, las mujeres,
todo en su furia por su pasto cabe,
mata á su paso innumerables séres
y no puede salvarse ni aun el ave,

que al remontar en la extension su vuelo,
por la lluvia fortísima azotada,
para que muera la rechaza el cielo
y sucumbe en las ondas anegada.

¡Horrible inundacion! Dios soberano,
¿tan grande fué su culpa que no puede
salvarse ni aun el niño, y que tu mano
aún contra el hombre levantada quede?

¿Tan grande es su maldad, que tu justicia
ni sombra de consuelo les envía?
No, que si grande ha sido su malicia,
es tu bondad más grande todavía.

Tú diste al hombre con que su honda pena
pudiese consolar en la amargura,
y cuando el alma de dolores llena
no vislumbra ni un punto de ventura,

tu mano cariñosa hácia ella extiendes,
del que es feliz la compasion desatas,
fuegos de amores en el hombre enciendes
y en caridad los pechos arrebatas.

La caridad, emblema de tu gloria,
la santa caridad que difundiste
por todas las edades de la Historia
cuando tu vida por salvarnos diste.

La santa caridad, madre amorosa
que engendraste en la cumbre del Calvario,
que arrastra como manto venturosa
los paños que tuviste por sudario.

La que calma las penas del que gime,
la que al alma los grillos le desata,
la más santa virtud, la más sublime,
que el corazon de amores arrebata;

la que abre las puertas de los cielos
y conduce hasta Tí; esta aquí llega,
y esparce, cariñosa, sus consuelos
entre las pobres gentes de la vega.

De ella se agita España, el orbe entero.
Mas no; tan solo Tú la das piadoso,
mostrándote, si grande justiciero,
mucho más compasivo y bondadoso.

Tú le dices al hombre: «Aquí mi gloria
aguardándote está: para alcanzarla,
lucha robusto y busca la victoria:
mas no con destruccion has de lograrla.

Ten por arma tan solo, y ejercita,
la santa Caridad pura y suave:
y si la ejerces, tu piedad bendita
para abrirte los Cielos será llave.»

Rafael Ramirez de Arellano.

LAMENTACION.

¡Cuánto dolor! ¡Cuán grande es el quebranto!
solo se observan míseros despojos,
y allá se escucha, de pavor, un canto
envuelto con el llanto
que á mares brotan los dolientes ojos.
¡Cuán grande es el pesar y amargo el duelo!
al corazon la pena lo tortura
y henchido de amargura
para tanta afliccion no halla consuelo!
De la campana el lúgubre tañido
esparce por el mundo una plegaria;
y de la Iglesia el canto repetido
resuena en el oido
elevando una estrofa funeraria.
¡Todo despareció! Rugió el torrente:
bramó la tempestad con furia impía:
la voz del trueno en el espacio zumba,
y sembrando el terror y la agonía
en cada piedra fabricó una tumba.
Y aquellos prados de fragancia llenos
esmaltados de flores:
aquellos campos fértiles, amenos
á quienes daba el sol vivos colores:
adonde se escuchaba el dulce arrullo
del ruiseñor, en la floresta umbría
mezclado con el plácido murmullo
del arroyuelo que veloz corria,

¡todo despareció! y háse trocado
tanto rico esplendor, tanta hermosura,
en un campo desierto y desolado
convertido en inmensa sepultura.
Honores, dicha, juventud, belleza;
ciudades de esplendor y de hidalguía
do pródiga donó naturaleza
todo el encanto y celestial grandeza
que soñara la humana fantasía,
ayer lucieron refulgentes galas;
eran constante admiracion del mundo,
y hoy se miran cubiertas por las alas
del ángel de la muerte tremebundo.
Ni un hogar do ampararse, ni un abrigo
le queda al pobre en su amargura y duelo:
ni un padre, ni un hermano, ni un amigo;
ni aun una Cruz para implorar al cielo!
Todo arrastró con furia prepotente
el huracan terrible,
cual si fuese impelido en su corriente
por empuje feroz, irresistible.
Y busca por do quier el hijo amante,
los padres que abrazara en otros dias;
busca el esposo á la mujer constante,
con quien partió sus penas y alegrías...
Mas ¡ay! que la afliccion sus pechos mata;
que en vez de hallar sus séres más queridos,
solo miran, de espanto poseidos,
velados por las lágrimas sus ojos,
de ruinas un monton, árido, inerte,
do se siente entre míseros despojos
la solitaria calma de la muerte!
Ved allí aquella madre cariñosa
por la pena su pecho traspasado:
en vano busca á sus dolores calma,
al ver á su hijo amado

por el fiero torrente arrrebatado,
sintiendo que tras él voló su alma.
Allí un niño se encuentra desvalido,
desnudo, pobre, solo, abandonado:
no tiene un ser querido:
¡solo en el mundo está! ¡desamparado!
Allí la jóven de sin par belleza:
el labrador humilde; el opulento
que vivió rodeado de grandeza:
el mendigo, el villano, el avariento;
todos lloran y sufren su agonía;
los confunde la misma fiera suerte,
que á todos el espanto de la muerte
los igualó con su guadaña impía.
Lloremos, pues, nuestro profundo duelo,
acatando el decreto soberano;
é imploremos ardientes, con anhelo,
una oracion, para el que está en el cielo!
una limosna para el triste hermano!

Cárlos Matilla de la Puente.

Granada Diciembre 79.

DESACORDES.

I.

Noche de horrible desvelo,
Medrosa oculta su luz
Detrás del pardo capuz
Que viste en su luto el cielo.

Todo el espanto lo puebla;
Y contenta de su suerte
Va sorprendiendo la muerte
Víctimas entre la niebla.

Suenan broncos en la altura
De la lucha los fragores:
Todo es arriba rumores,
Silencio abajo y pavura.

Y el viviente que no alienta,
Escucha, de espanto lleno,
Llamar, con la voz del trueno,
Al Segura la tormenta.

Y al grito de desafio
Que dan las trombas rugientes,
Con la voz de sus corrientes,
Responder bramando el rio.

Viendo, al través de la bruma,
Cómo eriza belicosa

La corriente cenagosa
Sus crines de hirviente espuma.

. . . . . .

Vientos que la niebla azotan,
Turbias corrientes que rugen,
Altas techumbres que crujen,
Que al agua van y que flotan.

Siendo muestra los despojos
Que soberbia el agua agita,
De la grandeza infinita
De los celestes enojos.

Y aquel agua, que algun dia
Sin fuerzas para la guerra,
Nodriza de aquella tierra
La regaba y la lamia,

De eterno mandato en pos
Lanza el raudal turbulento,
Y como ciego instrumento
De las justicias de Dios,

Arrolla sus valladares,
Fiero cumpliendo el destino,
Y arrastra en su torbellino
Plantas, viviendas y altares.

Arrancando en su fiereza
El irresistible flujo
Ricos presentes al lujo
Y harapos á la pobreza.

El pequeñuelo que engrie
Honrado orgullo del padre
Y que en brazos de su madre
Busca alimento y sonrie.

El robusto labrador
Lleno de esperanza y vida,
La vírgen adormecida
Por dulces sueños de amor.

El anciano que no aduna
Más esperanza en su pecho
Que tener cristiano lecho
Donde se meció su cuna,

Todos despues de dejar
Herencias de llanto y luto,
Como despojo y tributo
Los lleva el agua á la mar.

. . . . . .

II.

Pequeña, parda y modesta,
Emblema de fe sencilla,
Hubo siempre una capilla
En una verde floresta.

Cuenta una añeja memoria,
Que allá en siglos que pasaron
Una reliquia guardaron
Con una piadosa historia.

Y de cristianos fervores
Recibiendo el dulce culto,
Vivió aquel tesoro oculto
Entre el respeto y las flores.

Por todo ornato engalana
Su fachada carcomida,
Entre hiedras escondida,
Una pequeña campana.

Y, dócil, al viento vario,
Una veleta ligera
Al pié de una cruz severa
Remataba el campanario.

Corrió el agua á su albedrio,
Y en torbellinos impuros
Hasta el pié de aquellos muros
Llevó sus sañas el rio.

Estrechó sus fuertes lazos
Y al hundir la vieja ermita
Tan solo á la Cruz bendita
Dejó de fuera los brazos ..

Y erguida, negra y escueta,
Como cristiano testigo
De aquel tremendo castigo,
Quedó de pié la veleta!

Y allí, donde fué el imperio
De ambientes, flores y luz,
Colocó el agua una cruz
Al trocarlo en cementerio.

Francisco Camps.

LÁGRIMAS ENJUTAS.

Es media noche; tras el monte asoma
La blanca luna iluminando el prado;
La flor la envia su sencillo aroma
Y el ruiseñor su trino enamorado.

A su tibio fulgor en los jardines
Juguetea la brisa perfumada,
Vagando entre geranios y jazmines
Que matizan rientes la enramada.

Todo es paz y silencio en la natura,
Tiende la noche su tupido velo,
Ostentando los astros su hermosura
En la bóveda azul del claro cielo.

Y lanza el viento regalados sones
Desplegando en el bosque su murmullo,
Y trayendo dulcísimas canciones
Que son del sueño irresistible arrullo.

Mas ¡ay! que parda nube procelosa
Y de augurio fatídico y sombrío,
Hácia el zénit avanza tenebrosa,
Siniestro aborto de aquilon bravío.

Vela el negro crespon la clara estrella,
Gime la selva, tiembla la montaña,
El blando suspirar la brisa sella
Y densa oscuridad el campo baña.

Y avanzando tremenda se desata,
Y se escucha del trueno el estampido
Que en la anchurosa tierra se dilata,
Con funeral y lúgubre sonido.

Desciende chispeante el ígneo rayo
Roja curva trazando en su carrera,
Sembrando por doquier mortal desmayo,
Pues lleva envuelta en sí la muerte fiera.

Y otro diluvio de su seno lanza
La tremebunda tempestad rugiente,
Acrece el rio que sañudo avanza
Y en ancho mar se trueca su corriente.

Y arrastrando furiosa, embravecida,
Cuanto se opone á su veloz pujanza
Sepulta juventud, belleza y vida
Como genio infernal de la venganza.

De pánico terror sobrecogidas
Huyen las gentes, salvacion buscando,
Las alcanza el torrente, y sumergidas
En sus hirvientes aguas van rodando.

Y no hay esposo que á su esposa acuda,
Y no hay hermano que á su hermano halle,
Quién busca abrigo en alta peña aguda,
Quién en el monte que termina el valle.

Y el noble anciano entre el escombro hundido,
Cuerpo á cuerpo luchando con su suerte,
De fatiga y dolor al fin vencido
Se entrega en brazos de la helada muerte.

Quejas amargas de impotente duelo,
Lamentos de pesar enronquecidos
Suben humildes al clemente Cielo
En alas de los vientos conducidos.

Y cuando brilla el sol del nuevo dia
Horrores y ruinas alumbrando,
Envuelve en luz fatídica y sombría
Millares de cadáveres flotando.

Y triste el corazon, turbios los ojos
Que el miedo anubla y el llorar empaña,
Miró de la tormenta los despojos
La siempre noble y generosa España.

Y levantó su voz cual madre tierna
Que para el hijo salvacion implora,
Y en la cabaña su dolor se interna
Y del magnate en el palacio llora.

Cruzó presto del cóncavo Pirene
La agigantada y nebulosa cumbre,
Porque el acento del dolor contiene
Del fuego del iman la ráuda lumbre.

La frontera pasó con voz alada
Dando á beber de su penar la copa,
Y como al grito de marcial cruzada
Alzó su frente la cristiana Europa.

Cruzada que por místicos aceros
Trae del Cielo virtudes peregrinas,
Y por nobles y lúcidos guerreros
Las generosas damas granadinas.

Benditas sean del Señor las bellas
Que el llanto enjugan del murciano suelo;
Sean de su planta alfombra las estrellas
Y la diadema de su frente el Cielo.

MARIANO POGGIO Y BERMUDEZ DE CASTRO.

Granada 1.º de Diciembre de 1879.

LA INUNDACION EN MURCIA.

Tendiendo su crespon oscura niebla
Vela del sol los refulgentes rayos,
Y negra banda de agoreras aves
Con graznidos el viento fatigaron.
Batiendo entonces las horrendas alas
Genio exterminador cruza el espacio,
Y sobre Murcia reprimiendo el vuelo
Feroz sonrie su ruina ansiando.
Feliz soñaba la inocente niña,
Tranquilo sueño le ocultó al anciano
Que sus campiñas y fecundas huertas
Iban á ser de su fiereza pasto.
Al fin el genio descendió sañudo
Sobre el Segura que se agita blando,
Siendo de flores cristalino espejo
Y vida al par de sus risueños campos.
Sus linfas azotó, bajo sus alas
El rio revolvió su cristal claro,
Y lanzando de sí ferviente espuma,
Cual mar soberbio alzóse rebramando.
Del genio al soplo sus eternas vallas
Rompió rugiente, y el furor doblado
Voló á extender sobre el murciano suelo
De turbias aguas cenagoso manto.
Y el que el rayo de sol copiaba puro
Y de la noche el luminoso faro,
Vióse en hoz cortadora convertido
Destinado á segar frutos y ramos.
¡Y sególos! y arrastra en su corriente
Por el genio maléfico empujado,
Madres, esposas, niños inocentes,
Fuertes varones, débiles ancianos.
Vése en Murcia rodar dulces hogares,

Y al pálido fulgor de los relámpagos
Maderos y cadáveres sombríos
Sobre las aguas férvidas flotando.
Murcia es mansion de luto, allí resuenan
Ayes de muerte por doquier, que espanto
Al más valiente corazon infunden,
Y al que mostróse como duro mármol.
Y aún sigue el exterminio, y aún se cierne
El ángel destructor en sed de estrago;
¿Quién salvará de su furor á Murcia,
Que ya desmaya de luchar en vano?
De improviso la diestra omnipotente
Tendió piadoso el Dios de lo creado,
Y el genio destructor cayó al abismo
Como tronco que hirió sulfúreo rayo.

. . . . . .

. . . . . .

Tierna Vírgen al par entrega al viento
Su voz consoladora, y como el Mayo
Brinda á los valles perfumadas flores,
Brinda consuelo al infeliz murciano.
La Caridad; que aunque sublime asiento
Tiene en el Cielo entre gloriosos santos,
Bajó piadosa al miserable mundo
A ser del infeliz eterno amparo.
Y serálo de Murcia; las naciones
Responden á su influjo soberano;
Héroes como Muñoz; el mundo entero
Se apresura á enjugar su amargo llanto.
Y de él la santa Caridad es madre
Y vuela á socorrer al desgraciado,
Así á los picos de escarpada roca
Como á los negros y medrosos antros.
Para ella no hay ni mares ni fronteras,
Ella no ve en el mundo más que hermanos,
La misma sangre por sus venas corre
Y á todos cubre con su propio manto.

Enrique Castellano.

LA INUNDACION.

I.

Humanidad, despierta ante el acento
de ese pueblo infeliz que gime y llora:
y la falsa ambicion que te da aliento
destiérrala de tí, sé grande ahora:
responda el corazon con ardimiento
al grito de piedad con que le implora;
que no hay, si sufre un pueblo, en las esferas,
partidos, potestades ni fronteras.

II.

En este valle de hondo desconsuelo
uno es el fin á que el mortal aspira,
y es árida la senda que hay del suelo
hasta la eternidad que el alma mira;
cuanto se agita bajo el ancho cielo,
ambicion, vanidad, todo es mentira;
vértigo que en la mente se desata
y todo noble sentimiento mata.

III.

En vano el hombre con afan creciente
por ensanchar su estrecho poderío,
lleva la tempestad sobre la frente;
el alma muda, el corazon vacío;
en vano lucha con ardor potente,
esforzado, titánico, sombrío,
y en su terrible y delirante empeño
el mundo mira á su ambicion pequeño.

IV.

Podrá un palmo de tierra conquistada
arrebatar á las demás naciones,
y en los golfos de sangre derramada
empapar el laurel los campeones;
la caridad en cambio franca entrada
encuentra en los humanos corazones;
pues quien la caridad en su alma encierra
es más grande que el héroe de la guerra.

V.

Un pueblo mira su esplendor perdido;
su horror presente, su riqueza muerta;
y entre fango y miseria sumergido
dirige al mundo su mirada incierta;
cual un rey de su trono ahora caido
llama á la ajena hospitalaria puerta;
ante esa voz que su infortunio esconde
¿Dónde está el corazon que no responde?

VI.

¿Dónde está el corazon que no haya eco
á ese grito de angustia prepotente,
y empedernido, miserable y seco,
extremecerse ante el dolor no siente?
¿Quién de lodo llenó su inmundo hueco?
¿Quién mira la desgracia indiferente?
¿Y ante el pesar que el corazon lacera
no ha vertido una lágrima siquiera?

VII.

Señor de majestad, santo Dios mio,
Tú que tienes los cielos por altares
y por templo magnífico el vacío
bordado de brillantes luminares;
Tú que encadenas el simoun bravío
y pones dique á los hirvientes mares;
y haces, cuando en la cumbre se desata
rugir á la soberbia catarata.

VIII.

Tú que dominas el volcan y enciendes
su deslumbrante y roja cabellera,
y al resplandor de Tu mirada prendes
con chispas de oro la azulada esfera;
Tú que la humana vanidad comprendes
y como al ronco mar pones barrera,
y puedes, la creacion su lazo roto,
sepultar bajo un hondo terremoto.

IX.

¿Por qué rompió Tu mano poderosa
el cauce del Segura turbulento,
y su rauda corriente cenagosa
la vega en yermo trasformó al momento?
¿Por qué rasgó la nube borrascosa
que al descargar su líquido elemento,
lo que era antes jardin, huerta florida,
trocó en estéril erial sin vida?

X.

Inmóvil está allí. La bramadora
turbia corriente se llevó implacable
al hijo que ama, la mujer que adora;
su ventura otro tiempo incomparable;
su corazon y su alma soñadora;
el eden de sus goces envidiable;
la paz querida que al infierno arredra,
y de su dulce hogar la última piedra!

XI.

Ya no se mirará en los ojos bellos
de su esposa, bebiendo su cariño,
ni de la tierna frente los cabellos
apartará para besar al niño;
ni los latidos súbitos aquellos
bajo un seno purísimo de armiño
creerá escuchar cuando en pasion tan honda
la mujer que le espera le responda.

XII.

Hasta Dios ha elevado sus clamores
el fatigado espíritu que alienta;
y solo ha respondido á sus dolores
la pavorosa voz de la tormenta.
No más que destruccion, luto y horrores,
el cuadro es que á su vista se presenta,
que el cielo no ha escuchado su gemido
con el fragor del trueno confundido.

XIII.

Y allí está con el pecho desgarrado,
y mústia el alma de placer vacía;
solo con la vision de su pasado;
solo con el horror de su agonía;
allí está como espectro coronado
por la rugiente tempestad bravía,
que espera un rayo que su pena insulte,
y una ola que en su seno lo sepulte.

XIV.

Aquí bajo de un techo que se raja,
y sobre un pavimento que se hunde,
temiendo el huracan que los ultraja
un grupo de personas se confunde;
quién horadando una pared trabaja
para salvarse; quién medroso cunde
la desesperacion por todos lados,
con ronca voz, los ojos espantados.

XV.

La inundacion impetuosa avanza;
vacila el edificio en su firmeza;
y perdida ya toda confianza
quién llora ó gime y de rodillas reza;
cae una pared del agua á la pujanza;
su bendicion un sacerdote empieza;
todos se abrazan y su pena miden;
y dentro de la tumba se despiden.

XVI.

¡Piedad, Señor! ¡El sol del nuevo dia
cuánto cuadro alumbró de desventura!
Murcia, Orihuela, Lorca y Almería,
muestran luto en la rota vestidura;
ya se adurmió la tempestad sombría;
ya á su cauce otra vez volvió el Segura;
la voz de caridad no sonó en vano
que ha despertado al corazon humano.

XVII.

Cruzando en ronco son deslumbradora
los valles y horadando las montañas,
la rápida y audaz locomotora
lleva la caridad en sus entrañas;
la caridad que en todas partes mora;
en el palacio igual que en las cabañas,
y en el nombre de Dios, siempre testigo,
da al pobre pan y al huérfano da abrigo.

XVIII.

Y en el nombre de Dios sus brazos tiende
para abarcar al mundo, y de la tierra
hace solo una patria que comprende
el pensamiento altísimo que encierra;
y en el nombre de Dios su amor enciende
dentro del corazon y ódia á la guerra;
y da prosperidad á un pueblo bravo,
y rompe las cadenas del esclavo.

XIX.

Una noble nacion, Francia, su mano
tendió á Murcia, Orihuela y Almería,
cuando la red eléctrica que el llano
cruza, anunciaba su infortunio un dia;
con generoso sentimiento humano
inmensos donativos les envia,
declarando al cumplirse sus deseos
que ante la caridad no hay Pirineos.

XX.

En tanto Murcia de rodillas puesta
sobre las ruinas que dejó el torrente
al Dios Supremo su homenaje presta
con fervor religioso y reverente;
triste y ajada la vital floresta
que el ímpetu arrasó de la corriente
se muestra cual matrona dolorida
en su mismo infortunio engrandecida.

A LA PIEDAD EXCEPCIONAL DE GRANADA

PARA LOS INUNDADOS DE MURCIA.

Ronco grito el aire atruena,
grito de suprema angustia,
que brota en la riente vega
que baña el fértil Segura.
A los ayes desgarrados,
que inútil auxilio buscan,
de tempestad sin ejemplo
hórridos truenos se juntan:
y al inmenso clamoreo
que infunde al alma pavura
y los aires ensordece
y tras las nubes retumba,
un inmenso mar responde,
que cubre valles y alturas
y en sordos terribles ecos
todos los ayes sepulta.
¡Cual las edades primeras,
que la corteza insegura
del planeta desgajaban
de inmensos mares con lluvia;
ó cual el vasto diluvio,
con que la justicia suma
general castigo daba
de Adan á la raza impura!

Breves horas han bastado
á que tempestad sañuda
haga de la fértil vega
yermo de arena infecunda;
y la que un sol vió, felice
paraiso de dulzuras,

dó al par de las bellas aves,
(volantes flores de plumas,)
cantaba alegre el murciano
sus cuitas y sus venturas
de esperanzas circundado,
que honrado sudor fecunda;
miró otro sol, transformado
en páramo y desventuras,
en un mar de inmenso lodo,
que confundidos sepulta
al animal generoso
que noble al trabajo ayuda,
con el honrado labriego,
con la inocente criatura,
y con la gentil doncella,
que ruda, indecible angustia
sorprendió en dulces ensueños,
heraldos de su ventura.

Grito de profundo duelo
responde al grito de Murcia;
y la etérea, viva llama,
pura luz de las alturas,
prende el corazon de Iberia,
y á Europa de fuego inunda.
¡Caridad, lazo de amores
que el brazo divino anuda,
y á los humanos ofrece
solidaridad augusta,
que une al hombre con el hombre,
y á Dios con los hombres junta;
sol, que en los celestes ámbitos
con perenne luz fulgura,
como el gran astro del dia
que el vasto hemisferio alumbra!
Y cuantos la cruz ensalzan
y el nombre de Cristo escuchan,
por aliviar daños tantos
con noble entusiasmo emulan,
cupo á la ciudad hermosa
que el Darro y Genil circundan,
la de los cármenes mágicos,
y orientales hermosuras

que arrancan perpétuos ayes
de la muslímica guzla,
ser, al par de los mejores,
la que á consolar acuda
tan gigantesco infortunio,
tan inmensa desventura;
y son sus hermosas hijas,
que en rara beldad denuncian
la noble arábiga sangre
que por sus venas circula,
las que todo su almo fuego
á esta santa empresa ajustan,
combustion sublime alzando
que incendia *valles* y alturas.

Cuando los humanos duelos
tan santa explosion procuran,
justo es pensar, que Dios mismo,
el vivo fuego estimula;
que solo, en divinos labios,
la raza de Adan escucha;
que no nacieran los hombres
para interminables luchas
por la vida, por los goces,
por la gloria y la fortuna;
plantas de rencor eterno
que crecen pobres y mustias;
sino para ser hermanos,
que en Dios sus lazos anudan
y une en vínculo divino
solidaridad augusta.

Eloy García Valero.

Sevilla 19 de Noviembre de 1879.

LUTO Y CARIDAD.

Un canto á la inundacion.

I.

Ricos verjeles de purpúreas flores,
Tendidos sobre el haz de la llanura
Y bañados de luz y de colores;
Bosques frondosos de eternal verdura;
Campo alegre de brisas y rumores,
Que la vida tomábais del Segura:
¿Dónde estais? Responded... ¡Sumido todo
En ancho estanque de podrido lodo!

II.

De lodo, sí; que el cielo aquel rosado,
Donde el sol es tan bello, vióse un dia
Por crespones de nubes empañado.
En breve ruge tempestad bravía,
Y entre rayos y truenos, desatado
El furioso turbion que en ella hervia,
Desciende á destrozar con saña fiera
Aquella fertilísima pradera.

III.

Crecieron los arroyos cristalinos,
En turbio cieno su raudal trocando;
Desbordóse el torrente en torbellinos
De hirviente espuma, y hácia el mar bramando
En revueltos y turbios remolinos
El soberbio Segura va botando;
Y al par que el trueno por el aire zumba
El agua despeñada se derrumba.

IV.

¡Cuadro terrible! pavorosa escena,
Que al alma imprime temeroso espanto!
Ver aquel monstruo, que el espacio atruena,
Sordo mugir; y con empuje tanto,
Roto ya el dique que su curso enfrena,
Cómo avanza á cubrir de luto y llanto
Tantas familias, que del sueño inerte
Á los brazos pasaron de la muerte!

V.

Y en vano el fuerte tronco ó la muralla,
La pared del hogar, á su corriente
Quieran dique oponer; que es débil valla.
Su raudo curso con furor creciente
Cuanto á su paso encuentra lo avasalla;
Y en revuelto monton rueda la gente
Desde el seno feliz de sus hogares
Á perderse en el fondo de los mares.

VI.

Y hacinados allí, sobre la espuma
De aquel hirviente desbordado rio,
Que en ronco estruendo con fiereza suma
Arrasa la heredad y el caserío;
Entre las ondas, cual monton de pluma,
Van los despojos que arrancó su brio:
Rotas cabañas, árboles tronchados,
Y animales y gentes, abrazados.

VII.

Y entre el sordo rugir de la tormenta
Y el choque de las ondas encrespadas,
Y el ronco trueno que en el cáos revienta,
Se oyen las quejas del dolor alzadas
Por las masas que el agua turbulenta
Arrastra en sus furiosas oleadas.....
Y ved ya hundirse bajo el agua oscura
El extenso confin de la llanura.

VIII.

Y allá en altiva solitaria choza
Mirad qué escena de dolor y espanto:
El agua apenas sus cimientos roza,
Pero vése crecer... y crece tanto,
Que salva el dique de apilada broza;
Y un grito horrible de mortal quebranto
Tras la frágil pared sordo resuena,
En tanto el agua la cabaña llena.

IX.

Una pobre mujer, desesperada,
Sobre el suelo clavada la rodilla,
Suelto el cabello, torva la mirada,
Mojada por el llanto la mejilla,
Y delirante y loca y abrazada
Á una cuna se vé, tosca y sencilla:
Es que dentro reposa su ventura.....
¡Y lo va á ver morir!... ¡Pobre criatura!

X.

Y entretanto las ondas van creciendo,
Y se va la cabaña ya inundando,
Y la mujer sus manos retorciendo,
Los gritos del dolor la están ahogando.
¡Pobre madre! ¡infeliz!... ¡Oh cuadro horrendo,
Ver aquella mujer al cielo alzando
Las suplicantes manos, y en un grito
Expresar su dolor, grande, infinito!

XI.

¡Y el ángel de su amor que nada entiende
Del violento pesar que la devora!.....
Él, que ni el riesgo ni el temor comprende
Alegre rie mientras ella llora.....
¡Inocencia feliz! Luz que se enciende
En los tibios reflejos de la aurora;
Cándido niño, que ni vé ni sabe
El mar de angustia que en el alma cabe!

XII

Y aquella madre de dolor transida,
Que vé á la entrada de su hogar la muerte;
Que teme por el hijo de su vida
Y henchirse en agua su morada advierte;
Que de angustioso afan sobrecogida
Apenas puede lamentar su suerte,
Alza al fin de la cuna al tierno infante
Y lo estrecha en su seno palpitante.

XIII.

¡Oh con cuánto delirio á sí lo oprime!
¡Con qué ternura sus mejillas besa!
Mas... ¡sube el agua!... y con afan sublime,
Que el miedo, el llanto y el cariño exprésa,
Al par que el niño tembloroso gime...
«Señor—exclama—vuestra ofrenda es esa:
¡Salvadle..!» y muda le posó en el lecho....
Y ola terrible se elevó hasta el techo!...

. . . . . .

XIV.

Cesa la tempestad. La noche oscura
Recoge en breve su enlutado manto;
Bajan las aguas del veloz Segura;
Sigue la calma tras diluvio tanto;
Y el sol, que asoma en la azulada altura,
Ante el cuadro de horror tiembla de espanto,
É indeciso tal vez, gira sombrío
Cual fatídico espectro en el vacío.

XV.

Muda la tierra está, como el desierto;
El aire en quieta y sosegada calma,
Sin rumores y helado; el sol cubierto
De un velo de tristeza, como el alma.
El cielo mudo, indiferente, muerto;
El campo mustio, cual marchita palma;
Y la alegre cabaña, el prado ameno
Sepultados reposan bajo el cieno.

XVI.

Donde ayer entre bosques de verdura
Cuatro pueblos se alzaban arrogantes,
Hoy cavada se vé su sepultura.
Ved cual flotan sus restos palpitantes.....
Y al borde de esa charca de agua oscura
Tosca cuna mirad. Ondas errantes
La llevaron allí: guarda un misterio.....
¡Es la vida en mitad de un cementerio!

XVII.

Niño inocente, que al dolor ajeno,
Flota en las aguas, sin saber en tanto
El triste cuadro de amargura lleno
Que el orbe mira con dolor y espanto:
Tumbas cavadas en el hondo cieno,
Hambre, miseria y orfandad y llanto.....
Tal es la escena de pavor y luto
Que el Segura le rinde por tributo.....

XVIII.

Mas ¡callemos! que el sol de un nuevo dia
Va á ocultar tanto horror, tanta memoria:
Murcia, Lorca, Orihuela y Almería,
Páginas tristes de tan triste historia,
¡Alzaos! que el cielo desde allá os envia
Un rayo de luz, un su sol de gloria,
Secad el llanto, reprimid el duelo,
Que el sol de Caridad brilla en el cielo.

XIX.

¡Sublime *Caridad*! Astro brillante,
Que el mundo bañas con tu luz divina;
Tú, que arrancas del alma agonizante
Triste diadema de punzante espina;
Tú, que ante el cuadro del dolor, amante
Tiendes tu velo, y el pesar declina;
Tú, que tanto consuelo y dicha creas.....
Hermosa *Caridad* ¡bendita seas!!

PATRICIO FERNANDEZ ABRIL.

Albuñol 4 Diciembre 1879.

EN LAS INUNDACIONES

DE MURCIA, ALMERÍA Y LORCA.

¡Sombra y oscuridad! el hombre en vano
sostiene con la muerte lucha ruda,
que Dios, de su poder en el arcano,
con solo un signo de su augusta mano
en irritado mar la tierra muda!

—

Y hace rodar la nube ennegrecida
que luto y destruccion lleva en su seno,
por recios huracanes impelida,
y en su veloz carrera, precedida
del violento estallar del ronco trueno.

—

¡Allá va! ¿quién la impele? ¿quién la alienta
que así siembra el estrago y el espanto,
y es escabel donde el dolor asienta,
y página de horror triste y sangrienta
doquier escrita con acerbo llanto?

—

Llanto que brota el corazon doliente,
llanto en que el alma su amargura sella,
porque lucha el espíritu impotente
y en vano anhela, en su afanar ardiente,
al ver tanta afliccion, luchar con ella.

—

Que los que allí sin esperanza lloran
del alma desgarrada son hermanos,
y en tanto que angustiados á Dios oran,
sin familia, ni hogar, tienden las manos
y amor y auxilio y compasion imploran.

—

¡Y sí lo encontrarán! su triste anhelo
Dios calmará tras la tormenta insana,
y la amargura trocará en consuelo!
¡Oh! si, ya luce el sol! ¡ya cesa el duelo!
¡paso á la santa Caridad cristiana!

—

¡Miradla! cuán hermosa! en bien fecundo
en sus divinos ojos luce el dia,
su mision de bien, de amor profundo,
hija del cielo, al descender al mundo
su enseña es la virtud, la fe su guia.

—

Ella aparece, y á su influjo santo
brilla la luz y se reanima el alma,
y se aleja el pesar, y huye el quebranto
que entre los pliegues de su blanco manto,
lleva consuelo y salvacion y calma.

—

Doquier el duelo mitigar ansía,
el mal doquiera con el bien repara,
doquier borra del triste la agonía,
que de Dios mensajera, Dios la envía,
y á todos ¡ay! bajo su manto ampara.

—

Madres, que acaso en vuestro afan incierto
tendeis en vano los amantes brazos;
que vuestro pobre hogar mirais desierto,
y que al placer y la esperanza muerto
teneis el corazon hecho pedazos.

—

Si entre el delirio del sueño veis
al hijo moribundo, abandonado,
y darle pan y abrigo no podeis
¡Oh! tened confianza, no lloreis,
que ya la Caridad está á su lado!

—

¡Ella es madre tambien! amante y bella,
su divino poder todo lo alcanza;
hoy con su labio vuestra frente sella
y os da fuerza y valor, que está con ella
su celestial hermana, la Esperanza.

—

¡Damas de España, mi Nacion potente,
en cuyos ojos se refleja el cielo,
oid su voz y destacad la frente,
y unidas todas con afan ardiente
á ese inmenso dolor prestad consuelo!

—

Ella alentando en vuestro amante pecho
tienda á los tristes sus celestes alas
de la borrasca entre el furor deshecho,
y abrigo den á su desnudo lecho
una no más de vuestras ricas galas.

—

Y ante ese don que vuestra mano envía,
el infortunio aplacará su saña,
y Dios bendecirá la patria mia;
que su Nacion querida es nuestra España,
y paz y gloria le dará algun dia.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA CARIDAD.

La noche cubre el suelo con lúgubres crespones,
Por todas partes reina medrosa oscuridad,
Que aumentan por momentos los densos nubarrones
Nunciando á los mortales rugiente tempestad.

En el cénit opaco el rayo centellea
Rasgando de las nubes el lóbrego capuz,
Sin que en el ancho espacio brillar pura se vea
De la luna y estrellas la bienhechora luz.

Ábrese de los Cielos la misteriosa fuente,
La tierra convirtiendo en anchuroso mar;
Despéñase del monte desolador torrente
Que angustias, y dolores, y llanto va á llevar.

Adios, huertos hermosos do crecen las palmeras,
Adios, campos labrados con sin igual primor,
Y valles, y sembrados, y casas, y praderas,
Y trojes, y rebaños, y yunta y labrador.

Tú, Señor, que en tu justicia
Nuestros crímenes castigas,
Y á doblar al hombre obligas
La inobediente cerviz:
Desarruga, oh Dios, el ceño
De tu airada faz, y advierte
Que ha vengado ya la muerte
De tus hijos el desliz.

¿Dónde la angustiada viuda,
Dónde el huérfano sin madre
Hallarán esposo y padre
En su horrible situacion?
¿Quién calmará sus afanes?
¿Quién derramará piadoso
Un bálsamo cariñoso
En su herido corazon?

Y sube de los tristes el clamoroso acento
Hasta la excelsa grada del Trono del Señor,
Y súbito se apaga la voz del ráudo viento,
Y brilla entre celajes el iris del amor.

Y rásganse las nubes, y cándida matrona
Envuelta entre los pliegues de manto virginal,
La blanca sien ceñida de espléndida corona
Desciende en pos trayendo consuelo celestial.

«¿Quién eres que así calmas del hombre los dolores
Y enjugas cariñosa sus lágrimas doquier,
Y truecas las espinas en perfumadas flores,
Y en esperanzas truecas el hondo padecer?»

—«Yo soy la que los Cielos inundo de alegría,
Yo soy la que los orbes anego en clara luz,
La que brilló en la frente del Hijo de María,
Que por salvar al mundo su aliento dió en la Cruz.

Yo soy quien presta alivio al corazon del hombre
En las amargas horas de duelo y soledad;
En la region del Cielo escrito está mi nombre
Por la divina mano —*Yo soy la Caridad.*»

Cipriano Sevillano.

UNA HISTORIA TRISTE.

Era una mujer hermosa
cual noche serena y pura,
era un ángel de ventura,
era una fragante rosa.
Prendados de su belleza
dos mil galanes murcianos
ofreciéronla sus manos,
gran posicion y riqueza;
Mas ella, no haciendo alarde
de impiedad, les repetia
que nunca les amaria,
que habian llegado tarde.
En efecto: el corazon
de aquella linda murciana,
desde una cierta mañana
supo lo que era pasion.
Y amó cuanto pudo amar
la arrullante tortolilla,
sin que en su alma sencilla
hiciera nido el pesar.
Él, por su parte, afanoso
sin descanso la miraba,
y en verla se recreaba,
y al mirarla era dichoso.
Las horas se deslizaron
para nuestros dos amantes
como si fueran instantes
brevísimos que pasaron.

Y es que la felicidad
tan solo mira el presente
y olvida que frente á frente
fija está la eternidad.

Aquel celaje sin nubes,
aquellos castos amores
cantados por ruiseñores
y velados por querubes,

Fueron pronto coronados:
la Iglesia les dió la union
al darles su bendicion:
los novios eran casados.

Diez dias próximamente
de su matrimonio haria,
cuando una noche sombría
ruido oyeron imponente.

Levántanse presurosos,
vístense despavoridos
porque aumentan los ruidos
y oyen gritos horrorosos.

En esto, la habitacion
de agua comienza á inundarse...
salen, suben, y ayudarse
les impide la impresion.

Aun ignoran lo que pasa,
mas no dejan de subir
al ver que van á morir...
¡se estaba hundiendo la casa!

Llegan, por fin, al tejado,
exánimes, casi yertos,
y vieron... campos cubiertos
por un mar encenagado.

Gritos mil atronadores
de víctimas que morian!...
¡Por todos lados se oian
lamentos desgarradores!...

Entretanto el torbellino
audaz, marchaba asolando,
y en su seno sepultando
cuanto hallaba en su camino.
Arboles, empalizadas,
grandes y humildes viviendas,
fortunas, vidas, haciendas
por él fueron arrasadas.
Solo el mar ¡horrible mar!
divisaban por doquiera...
¿Podrán salvarse? ¡Quimera!
¡La casa empieza á oscilar!
En estos tristes instantes
inclinaron ambas frentes
y con palabras fervientes
oraron los dos amantes.
—Sálvate tú; ella decia,
nadando podrás vivir...
—Y te he de dejar morir?...
nunca, nunca, vida mia!...
Se unieron más, se estrecharon
agitados y medrosos,
y mirándose afanosos
para siempre se abrazaron.
Hácia el cielo dirigieron
su postrimera mirada
por relámpago alumbrada...
¡y entre las ondas cayeron!!...
Despues... ya nada quedó...
el silencio más profundo...
tinieblas... un charco inmundo
que aquel tejado cubrió.

Everardo Gimenez Gavarre.

11 Diciembre 1879.

III.

CARTAS.

Carta de D. Juan Justiniani al Gobernador.

Excmo. Sr. D. José M.ª Jaudénes.

Muy Sr. mio y de mi consideracion más distinguida: Nada más lejos de mi mente que la idea de hacer una composicion poética, tomando por asunto de ella la inundacion de nuestras provincias de Levante. Cuando los periódicos nos la dieron á conocer con todos sus horrores, despertando en propios y extraños el noble sentimiento de la caridad, contribuí con mi óbolo al remedio de tales calamidades; y deseando con todo mi corazon dias prósperos para dichas provincias, y resignacion y consuelo para cuantos gimiesen por la separacion de séres queridos, procuré apartar de la imaginacion cuadro tan aflictivo y espantoso. Asistíame para ello una razon, á mi creer, harto poderosa; y séame lícito que la oculte, por no considerar del caso el manifestarla.

La carta que V. se sirvió dirigirme, en la que resaltaban, entre términos por extremo corteses, frases laudatorias que no merezco, si se tiene en cuenta mi insignificancia como cultivador de las letras patrias, vino á dar en tierra con mi propósito.

Pago, pues, la cortesía con la cortesía, y los inmerecidos elogios con mi gratitud, como el deber me ordena; y al dar por mi parte cumplidos los deseos de V. con la composicion poética titulada *Inundacion de Murcia*, nada hago en dedicársela, pues confieso sinceramente que V. me la ha inspirado.

Ruego á V., pues, que la reciba con benevolencia.

Hónrome en ofrecerme á las órdenes de V. como su más atento y afectísimo s. s. q. s. m. b.—Juan Justiniano.

(Véase la primera poesía.)

Carta del Gobernador á las Señoritas.

Muy Sra. mia y de mi consideracion más distinguida: El dia 8 de Diciembre próximo, á las dos de la tarde, tendrá lugar en los magníficos salones de la casa Ayuntamiento el acto solemne de la rifa de cuadros y esculturas que distinguidos artistas de esta capital, entre los que figuran muy ventajosamente piadosas señoras y señoritas, hijas de este país clásico de la cultura y del talento, se han servido donar en favor de las desdichadas familias de las provincias del Sudeste de España, que lloran y llorarán por largos años los horrores de la reciente inundacion con que la Providencia, en uno de sus inescrutables designios, las ha castigado.

Muchos son los objetos de arte que he tenido el honor de recibir—fruto del ingenio y caridad de nuestros convecinos—destinados á la rifa, para con sus productos atender al socorro de nuestros afligidos hermanos de Levante; pero hacen falta más, si bien no sean hijos de la inteligencia, lo sean de la más santa de las virtudes: de la caridad.

Así como en el tierno corazon de V., bella y bondadosa señorita, se alberga un tesoro inextinguible de piadosos sentimientos, es probable, casi seguro, que, para practicarlos provechosamente por medio de la limosna, conserve V. en su poder algunos ahorros pecuniarios.

¿Qué ocasion más propicia que la presente, para dar un ejemplo de esa caridad, que forma el más bello ornamento de todas las virtudes de V.?

Un objeto cualquiera adquirido y regalado por V. para hacer más crecido el número de premios que han de adjudicarse en la rifa, despertará, seguramente, la codicia de sus admiradores por obtenerlo, y los billetes serán pronta y pródigamente comprados.

Venga ese objeto, fruto santo del amor que V. profesa al prójimo; pero no venga rodeado del esplendor de la riqueza, sino saturado, bendecido con la aureola de la modestia.

Yo admito, digo mal, admite la caridad pública, el donativo que la de V. le sugiera. La suntuosidad en estos casos no es provechosa; es perjudicial: la emulacion es mala consejera para practicar la caridad cristiana.

Me despido de V., bondadosa señorita, teniendo el honor de anticiparla gracias por la filantropía de sus sentimientos, y ofreciéndome suyo con toda consideracion como su más atento s. s. q. b. s. p.—José M.ª Jaudénes.

Granada 14 de Noviembre de 1879.

Carta del Gobernador á los Pintores.

Muy Sr. mio y de mi consideracion más distinguida: Justo y natural es que cuando la posibilidad en todas las manifestaciones de la riqueza, contribuye de un modo espontáneo y espléndido al socorro de nuestros hermanos de las provincias inundadas, las bellas artes de Granada no permanezcan ociosas ó retraidas ante la calamidad que con tanta razon contrista y aflige á los corazones generosos.

Deseosa mi autoridad de allegar en el caso presente cuantos recursos pueda en favor de los hambrientos y desnudos pobladores de las zonas devastadas, dignos bajo todos aspectos de la general conmiseracion, ha concebido el propósito de hacer una rifa provincial con algunas alhajas que ya ha recibido y otras que espera de Señoras caritativas, y cuadros que tengan la bondad de donar con el expresado objeto Señoras de la localidad, que cultivan con fortuna el arte divino de Murillo y de Alonso Cano, y pintores granadinos de los que ya son honra y ornamento de esta hermosa comarca.

En este último número, en el de los artistas privilegiados de esta ciudad, figura con justicia su nombre de V.

¿Será V. tan bondadoso que se servirá favorecerme con una obra de su ingenio en las presentes circunstancias?

Su contestacion de V. á mi súplica no puede serme dudosa.

Reciba V. por ello un millon de gracias en nombre de los

infelices á quienes le propongo que ayude á favorecer, y con ellas las más sinceras y expresivas que de lo íntimo de su corazon le envia s. s. s. q. b. s. m.—José M.ª Jaudénes.

Carta del Gobernador á los Poetas.

Granada 6 de Noviembre de 1879.

Sr. D.....

Muy Sr. mio y de mi consideracion más distinguida: El dia 8 de Diciembre, á las dos de la tarde, tendrá lugar en los estrados de la casa del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, la rifa de alhajas y de cuadros que Señoras caritativas y pintores bondadosos de la misma, han tenido la generosidad de facilitarme para que los utilice en favor de los pobres desvalidos de las provincias inundadas.

Deseoso de dar á este acto, por todo extremo interesante, alguna novedad, he concebido el pensamiento de que se amenice con poesías escritas al efecto por vates de esta poblacion.

Entre el número de los últimos se cuenta V. ventajosamente.

¿Tendrá V. la bondad de favorecerme con algunos renglones escritos de su mano?

Mucho se lo agradeceria su afectísimo s. s. q. b. s. m.—José María Jaudénes.

Apéndice B.

CIRCULARES.

Granadinos: Tres provincias hermanas y vecinas á la nuestra, las de Alicante, Almería y Murcia, sienten hoy el rigor del hambre y los horribles y repugnantes efectos de la desnudez y del frio.

Una inundacion como no se ha conocido jamás en el desventurado país que ha sido víctima de sus consecuencias, ha dejado reducidos á tal extremo á los que han tenido la poco apetecible suerte de sobrevivir á sus padres y á sus hijos.

S. M. el Rey (q. D. g.), su Augusta y nobilísima familia, el Gobierno Supremo de la Nacion, los Cuerpos privilegiados, lo mismo en clase que en inteligencia, la Prensa en general nos llaman con su ejemplo á contribuir, á mitigar el infortunio de nuestros hermanos.

¿Dejará Granada de ser en esta ocasion la que ha sido siempre que la desventura, en cualquiera de sus trajes, ha llamado á las puertas de España?

El proceder de sus hijos contestará pronto *que no, que siempre es la misma* y que *en abnegacion* y en *caridad* debe figurar constantemente su nombre al mismo nivel de las que en este concepto lo lleven mejor y más gallardamente obtenido.

Para que esta prueba sea irrecusable, y para que puedan á la vez traducirse en hechos prácticos, provechosos para las provincias inundadas, los sentimientos humanitarios de los habitantes de esta provincia, he acordado, cumpliendo con lo

preceptuado por el Gobierno de S. M., dictar las disposiciones sucesivas y hacer las súplicas á que me contraigo:

«*Primero.* Dentro de un plazo de 48 horas, quedará constituida y comenzará á funcionar, bajo la honrosa presidencia de nuestro digno Metropolitano, una Junta central de Socorros, compuesta de las personas que siguen: Presidente, Excelentísimo Sr. D. Bienvenido Monzon, Arzobispo de la Diócesis; Vicepresidente, Excmo. Sr. D. José María Jaudénes, Gobernador civil de la Provincia; Vocales, Sr. D. Manuel Rodriguez Bolívar, Presidente de la Excma. Diputacion provincial; Sr. D. Indalecio Abril, Alcalde de la capital; Sr. D. José Ruiz de Almodóvar, Vicepresidente de la Comision provincial; señor D. Melchor Almagro, Diputado á Córtes; Excmo. Sr. Duque de Abrantes, Senador del Reino; Sr. D. José Carreño, Diputado á Córtes; Excmo. Sr. Conde de Floridablanca; Excelentísimo Sr. D. Pablo Diaz Jimenez, Senador del Reino; señor D. José Toledo; Sr. D. Juan Ramon Lachica; Sr. D. Valentin Agrela; Sr. D. Luis Dávila Ponce de Leon; Excmo. Sr. Marqués de Casa-Blanca; Sr. D. José Rodriguez Palacios; Sr. Don Ramon Collado; Sr. D. Juan José Ramirez, Auditor de guerra; Sr. D. Rafael de Garay; Sr. D. Pedro Vasco y Vasco; señor D. Salvador Lopez Sagredo; Sr. D. Isidoro Perez de Herrasti; Sr. D. Francisco Cordon Cabrera; Sr. D. Gabriel Echevarría; Sr. D. Vicente Tello Coronado; Sr. D. Miguel de Galvez; Sr. D. José Dufoó, Delegado del Banco de España.

Segundo. Las funciones y encargo de esta Junta serán promover y desarrollar, lo mismo dentro de la poblacion que en el territorio de la provincia, auxilios en favor de las comarcas inundadas.

Tercero. Tan luego como reciban esta circular los Alcaldes dependientes de mi gobierno, reunirán á sus Ayuntamientos respectivos, y de acuerdo con lo mandado en el artículo 1.º de la Real órden de 17 de Octubre, publicada en la *Gaceta* del 18, acordarán las cantidades con que puedan y quieran contribuir al objeto que la motiva.

Cuarto. La cantidad quedará ingresada en las oficinas que

tiene el Banco en esta poblacion para antes del 31 de Octubre precisamente, participándoseme, al consignarla, la cifra á que ascienda.

Quinto. Veinticuatro horas despues de llegar á manos de los Alcaldes de los pueblos cabezas de partido las presentes disposiciones, constituirán aquellos Juntas que, patriótica y ardientemente, promuevan suscriciones, en metálico ó en efectos, á favor de los inundados, que hoy necesitan, para salir de su triste situacion, el concurso de todos los españoles, y remitirán del mismo modo, cada quince dias, á la Caja del Banco, las sumas que colecten, de las cuales pasarán nota individual á este Gobierno, para su publicacion inmediata.

Sexto. El Delegado del Banco, admitirá desde luego, con el carácter de suscricion nacional voluntaria, las cantidades que se le entreguen con destino al socorro de las provincias de Levante.

Sétimo. La Junta de Damas de honor y mérito de esta ciudad, á la que tantos y tan señalados beneficios debe la necesidad pública, tiene tambien en los momentos actuales ocasion de hacer ostensibles, una vez más, los delicados y nunca bastantemente agradecidos sentimientos de las señoras que la constituyen. El modo en que esto pueda hacerse, no ha de indicárselo respetuosamente mi Autoridad. Su buen juicio, su delicado criterio y la nobleza de sus corazones, no dejarán de recordar seguramente el conocido axioma *querer es poder* y que no hay obstáculo, por inquebrantable que parezca, que no sea pequeño y lo domine el esfuerzo de la mujer caritativa. Fije, pues, la Junta, su atencion en la importancia y trascendencia de la obra á que la llamo y encontrará de seguro fácil, accesible y sin espinas el camino que debe recorrer para llevar, la esperanza primeramente, y despues el consuelo, á las infelices víctimas de la inundacion.

Octavo. Y la prensa de la Capital, por último, celosa tambien de contribuir por su parte, al noble y levantado propósito á que se encaminan las disposiciones de este acuerdo, dispensará á mi Autoridad, yo se lo ruego en nombre del huérfano y

del pobre, decidida y filantrópica propaganda en favor del pensamiento que, en estos instantes, debe ser el único de todos los granadinos: el de allegar socorros á los desnudos y hambrientos que vuelven hácia nosotros su vista, ofreciéndonos el tristísimo y doloroso cuadro de un padre anciano que muere de extenuacion y de un niño que perece de frio.»

Granadinos: colocaos, siquiera no sea más que por un instante, en el caso de los Almerienses, Alicantinos y Murcianos, y haced por ellos con abnegacion, con hidalguía lo que en identidad de tristísimas circunstancias quisiérais vosotros que ellos hicieran por vosotros y por vuestras familias.

Este es mi deseo y porque sé y tengo evidencia de que habeis de corresponder á él cumplida y noblemente, os dá anticipadamente las gracias, de lo íntimo de su corazon, el Gobernador civil, José María Jaudénes.—Granada 22 de Octubre de 1879.

Granadinos: Constituida en esta Ciudad en el dia de hoy la Junta que ha de promover la suscricion iniciada en la Capital de la Monarquía en favor de las desgraciadas provincias del Sudeste de España, víctimas en estos momentos del mayor de los infortunios, de una inundacion que ha destruido sus campos y dejádolas reducidas á la mayor de las miserias, al estado de no tener pan con que mitigar el hambre, ni ropas con que cubrir su desnudez, nos dirigimos á vosotros en demanda de vuestros auxilios para los pobres que los necesitan.

Esas provincias desventuradas, las de Almería, Alicante y Murcia, son nuestras hermanas, porque son Españolas.

¿Dejará de ser Granada en esta ocasion lo que ha sido siempre, cuando la Caridad ha llamado á sus puertas?

Granadinos: colocaos á la altura de vuestros deberes en las presentes tristísimas circunstancias; consultad vuestros corazones antes que vuestra posibilidad y haced ver al que regis-

tre vuestra historia de hoy que siempre sois los mismos: piadosos y magnánimos.

Á socorrer, pues, á los que nos necesitan; á consignar nuestro óbolo en favor de la pobre viuda, del desvalido anciano, del niño que llora. Seamos todos de los primeros: que no sea conocido el nombre del último.

Granada 23 de Octubre de 1879.

(Siguen las firmas de todos los individuos de la Junta Central de Socorros.)

SEÑORAS DE GRANADA; HIJAS DE ESTA PROVINCIA:

Tambien á vosotras puede y debe dirigirse la autoridad en ciertos y determinados casos: tambien vosotras podeis y debeis ser útiles y potentes elementos de beneficioso concurso en momentos como los actuales, ya que con razon se os llama, porque lo sois, los ángeles del hogar.

Tres provincias de España, la de Almería, Murcia y Alicante, vecinas y hermanas nuestras, víctimas de las consecuencias de una inundacion como jamás la han conocido aquellos infortunados pueblos, se mueren de hambre y de frio.

Ni las madres tienen pan con que acallar á sus hijos, ni las doncellas ropas con que defender su pudor, ni los ancianos albergues donde guarecerse.

Todo es desolacion; todo es desventura en los tristísimos campos de las provincias del Sudeste.

Las damas ilustres de otras ciudades, las honradas mujeres del pueblo se aprestan ya y trabajan por allegar recursos en favor de los necesitados.

¿Sereis menos vosotras?

¿Dejareis de corresponder en esta ocasion, que no se parece por sus excepcionales circunstancias á las más desastrosas y lamentables que registreis en vuestra memoria, á vuestro bien merecido renombre de cristianas y caritativas?

¿Permanecereis ociosas en vuestras cómodas viviendas, disfrutando del regalo que vuestra posicion os ofrece ante el interesantísimo cuadro que se presenta á vuestros ojos?

¿No consagrareis vosotras, mujeres del pueblo, alguna parte del producto de vuestros afanes á mitigar las escaceses, las angustias de todo género porque están pasando los pobres labradores de las tierras inundadas?

Sí, Señoras de Granada; sí, mujeres del territorio noble y privilegiado que me enorgullezco de administrar, vuestra historia de ayer, vuestros hechos de siempre, me aseguran que en esta ocasion sereis decididas y abnegadas, grandes y generosas.

A trabajar, pues, en favor de nuestros hermanos; imitad el ejemplo que os dan Madrid y Sevilla, Valencia, Barcelona, las capitales todas del Reino, puestas en movimiento en estos instantes ante la desgracia que nos aflige: implorad personalmente la caridad de vuestros convecinos, deseosos de que le pidais para corresponder á vuestra demanda; haced la cuestacion de casa en casa, persona por persona; admitid lo que os den lo mismo el rico que el pobre, que todo se necesita; multiplicaos, para decirlo de una vez, en buen deseo, en diligencia; no perdonad medio, venced al cansancio, arrostrad la fatiga, y de este modo, despues de recibir las bendiciones *del que todo lo puede por su magnífica grandeza*, y para el cual no queda nunca sin premio la menor, la más insignificante de nuestras buenas acciones, os hareis doblemente merecedoras del aprecio y de la consideracion pública, y muy especialmente de la gratitud del Gobernador civil, José M.ª Jaudénes.

Granadinos: La actitud por todo extremo diligente y abnegada con que han respondido al llamamiento de mi Autoridad en favor de las infortunadas provincias de Almería, Murcia y Alicante las Señoras más distinguidas de esta poblacion; el celo nunca bastantemente elogiado con que han secundado sus gestiones los hombres de todas clases y de todas las opi-

niones de la localidad; el desinterés con que todas las Autoridades, Corporaciones é institutos que tienen asiento en ella se han prestado á contribuir en la medida de su posibilidad y dentro de su esfera á el remedio de la calamidad que aflige y agovia y quebranta el ánimo del más esforzado, si por un instante lo fija en el cuadro aterrador que ofrecen las comarcas devastadas y la fructuosa actividad y exquisita diligencia con que los alumnos de este Centro Universitario han rodeado mi persona y ofrecídome su cooperacion y ayuda, muy provechosa por cierto, al logro de mi propósito de favorecer al necesitado y dejar el nombre de esta provincia á la altura en que debe colocarse en ocasiones como la presente de prueba y de sacrificios, me imponen el deber, que cumplo con mucho gusto, de hacer extensivas á todos, las gracias con que á mí, sin merecerlo, me honra la Junta Central de Socorros establecida en la Córte, y de acompañar á ellas toda la gratitud y todo el reconomiento de que en estos instantes me considero deudor para con los hijos de esta circunscripcion generosa.

No en valde, y esto para mí era sabido, se han excitado vuestros sentimientos de caridad. La provincia de Granada es hoy una provincia pobre, y ante el infortunio y la desgracia responde como si fuera rica: no puede hacerse mayor elogio de sus habitantes, ni decirse más en galardon de su nobleza.

Obrad siempre del mismo modo, Granadinos: tened siempre vuestro corazon dispuesto para socorrer al necesitado, y siempre merecereis, como mereceis ahora, el aplauso público y la consideracion con que en nombre del Rey (q. D. g.) del Gobierno de S. M. y de las atribuladas provincias á quienes enviais la patriótica expresion de vuestro deseo, os saluda enorgullecido por administraros y complacido por vivir entre vosotros el Gobernador civil, José María Jaudénes.

Granada 3 de Noviembre de 1879.

Apéndice C.

CATÁLOGO DE LOS PREMIOS DE LA RIFA.

Premio 1.° Donativo de D. Fernando Almansa.—Lienzo que representa una familia de pastores, atravesando un torrente; el fondo es triste y sombrío, el grupo de figuras se destaca por claro.

Premio 2.° Donativo de D.ª Ascension Santaló.—Lienzo que representa el rasgo de caridad de una dama que se desprende de su abrigo y cubre con él á un infeliz pordiosero.

Premio 3.° Donativo de D. Valentin Barrecheguren.—Acuarela, que representa un cármen del rio Darro.

Premio 4.° Donativo de D. Julian Sanz del Valle.—Lienzo que representa á la Vírgen del Rosario, en un grupo de nubes que se cierne sobre la campiña.

Premio 5.° Donativo de D.ª Mariana Tello.—Gran lienzo, representando al apóstol San Pedro.

Premio 6.° Donativo de D. José Larrocha.—Pequeña tabla, estudio del natural, copiando una de las pintorescas calles que confluyen en la cuesta de la Alhacaba.

Premio 7.° Donativo de D. Mariano J. de la Serna.—Pequeño lienzo que representa un paisaje; al pié de un árbol, multitud de gallinas picotean la verde yerba.

Premio 8.° Donativo de D. Manuel Obren.—Tabla representando un caballero del siglo XVI.

Premio 9.° Donativo de D. José J. Ruiz de Mendoza.—Carton-óleo que se titula *un brindis por la patria*

y que representa á un veterano que brinda su copa de vino á la felicidad de su país.

Premio 10. Donativo de D.ª Josefa Rufete.—Lienzo; pintoresco paisaje que representa un castillo ruinoso á la orilla de un lago y entre las frondas de un bosque.

Premio 11. Donativo de Mr. Henri Stanier.—Acuarela representando el desierto arenoso y las pirámides de Egipto.

Premio 12. Donativo de D.ª Florentina Novel.—Lienzo que representa una Dolorosa.

Premio 13. Donativo del Sr. Mansaizze.—Acuarela, copia de las torres de la Cautiva y de la Infanta, tomadas, por bajo, desde la cuesta del Rey Chico.

Premio 14. Donativo de D. Diego M. del Castillo y Lillo.—Tabla que representa la Torre y el derruido Arco del Agua.

Premio 15. Donativo de D.ª Elena Jimenez.—Lienzo que representa una Dolorosa.

Premio 16. Donativo de D. Manuel de Cueto.—Lienzo representando costumbres locales de Granada. Un hombre, con un Cristo de la columna en sus manos, pide limosna para el culto de la imágen: una doméstica besa contrita los piés de la efigie. Además hay allí dos niños y un *Figaro* que pulsa la guitarra en la puerta de su barberia.

Premio 17. Donativo de D.ª Amalia Arjona.—Lienzo que representa á un soldado de los tercios de Flandes que se entretiene en probar la elasticidad de su tizona.

Premio 18. Donativo de D.ª Cármen Villanueva.—Lienzo, representando á Santo Tomás de Aquino.

Premio 19. Donativo de D. Manuel Medina.—Tabla, que representa una calle del Albaicin: tiene figuras.

Premio 20. Donativo de D. M. Vico.—Pequeña tabla representando el pórtico de una iglesia, en el que hay algunos pordioseros.

Premio 21. Donativo de D. Francisco Muros.—Tabla, que es una copia del natural reproduciendo las torres de la Infanta y de la Cautiva. El mismo asunto del premio XIII.

Premio 22. Donativo de D.ª Aurora Valenciano.—Aguada que representa un grupo de pescadores malagueños.

Premio 23. Donativo de D. Luis de la Vega.—Acuarela representando la vista de la Torre y Arco del Agua.

Premio 24. Donativo de D.ª Narcisa Careaga.—Lienzo que representa una mujer con un perrito.

Premio 25. Donativo de D. José Martin.—Dibujo, hecho al lápiz y á tres tintas, que es un retrato del inmortal Fortuny.

Premio 26. Donativo de D. Eduardo Rosende.—Tabla, en que se copia del natural la fuente Agrilla, en el momento de estar un aguador cargando su bestia.

Premio 27. Donativo de D. A. Mateo.—Gran lienzo que representa un interior del Palacio Árabe con varias figuras.

Premio 28. Donativo del Marqués del Cadimo.—Aguada representando la huerta que conocen por *del Lloron* en Marmolejo.

Premio 29. Donativo de D. José de Acosta.—Lienzo representando un puerto de los mares del Norte. Los buques están atracados á la orilla, la gente de mar atareada en sus faenas.

Premio 30. Donativo de D. Agustin R. Conejo.—Carton-óleo: estudio de paisaje que representa la garganta de un torrente. En un peñasco hay dos figuras.

Premio 31. Donativo de D. Félix Estéban.—Gran carton-óleo que representa un grupo de ángeles jugueteando con un cesto de frutas vertido en la alfombra de flores que, recortada por celajes, sirve de fondo.

Premio 32. Donativo de la condesa de Miravalles.—

Lienzo representando un país montañoso, con un grupo de figuras.

Premio 33. Donativo de D.ª Rita Linares.—Lienzo que representa una familia de labradores atravesando un rio. El fondo es alegre y lleno de luz.

Premio 34. Donativo de D. Bernardo Mora.—Acuarela representando un florido jardin en el que hay dos majas y un jóven.

Premio 35. Donativo de D. José Sanchez-Villanueva. —Lienzo representando la puerta de la Capilla Real en la que hay un huertano de Murcia que, con sus dos hijos, implora la caridad de los transeuntes.

Premio 36. Donativo de D. José Martin.—Pequeña tabla antígua de la escuela de pintores granadinos.

Premio 37. Donativo de D. José S. Vilchez.—Tabla representando una labradora de Nápoles, que reza postrada, con su hijo, ante la efigie de María.

Premio 38. Donativo de D. Enrique Pino.—Tablita, que es un estudio de cabeza.

Premio 39. Donativo de D. Antonio Tejada.—Lienzo representando un paisaje.

Premio 40. Donativo de D. Enrique Pino.—Tabla que representa un hermoso ramo de flores.

Premio 41. Donativo de D. Juan del Valle.—Tabla representando un corral con sus muros revestidos de yedra y de flores, y en el que hay dos figuras.

Premio 42. Donativo de D.ª Cármen Zafra.—Un tarjetero de madera.

Premio 43. Donativo de D.ª Pilar Laberon.—Una fosforera para bufete y un joyero de china.

Premio 44. Donativo de D.ª Teresa Rosales y Pavía.— Un tarjetero de madera.

Premio 45. Donativo de D.ª Mercedes y D.ª Concepcion Barajas.—Dos joyeros de cristal azul con pié y asas de metal blanco.

Premio 46. Donativo de D.ª Ana Velez Courtoy.—Dos

macetas de barro inglés, con sus respectivos platos.

Premio 47. Donativo de las señoritas de Martinez Mora.—Dos fosforeras de porcelana.

Premio 48. Donativo de D. Diego Fernandez Castro.—Un trabajo de estuco con colores y oro, que copia, en reducida escala, la puerta del Mihrab de Arratia.

Premio 49. Donativo de D. Francisco Morales.—Escultura, en barro cocido, que representa una maja.

Premio 50. Donativo de D. Antonio Roman.—Escultura, en barro cocido, que representa un jornalero liando un cigarrillo de papel.

Premio 51. Donativo de D. Antonio Marin.—Escultura, en barro cocido, que representa un torero.

Premio 52. Donativo de D. Antonio Roman.—Escultura, en barro cocido, que representa un San Ignacio de Loyola.

Premio 53. Donativo de D. Antonio Teruel.—Juguete que consiste en una caja de música sobre la cual hay dos figuritas, la de una jóven que toca el piano y la de su maestro que la dirige, dotadas de movimiento automático.

Premio 54. Donativo de D.ª Josefa Simancas.—Un caprichoso tintero de porcelana, en forma de caracol.

Premio 55. Donativo de D.ª Ana de Cueto y de su señora Hermana.–Una elegante purera de china y pasta.

Premio 56. Donativo de D.ª María Luisa y D.ª Josefa Casado.—Dos violeteros de cristal, con pié de madera.

Premio 57. Donativo de D.ª Rafaela de la Cruz.—Dos aretes de oro, esmaltados con perlas.

Premio 58. Donativo de D.ª María Herreros de Tejada.—Un tarjetero de madera.

Premio 59. Donativo de D.ª Encarnacion Fernandez Liencres.—Una escribanía, con purera, timbre y relojera.

Premio 60. Donativo de D. Enrique Reyes.—Dos floreros de vidrio azul argelino.

Premio 61. Donativo de D. José Bueso.—Una petaca de nácar con un precioso relieve.

Premio 62. Donativo de D.ª Filomena Manuel de Villena.—Un cromo francés.

Premio 63. Donativo de D.ª Josefa Massó.—Dos preciosas jaboneras, de cristal mate salpicado de azul y oro.

Premio 64. Donativo de D.ª Fernanda Ossorio.—Un espejo de tocador.

Premio 65. Donativo de D.ª Evelia Portas.—Una muñeca vestida.

Premio 66. Donativo de D.ª Ángeles Seco de Lucena. —Un abanico con su caja, de papel canevás calado.

Premio 67. Donativo de las señoritas de Mártos Perez. —Un juego de tocador, de vidrio azul con labores doradas.

Premio 68. Donativo de D. Antonio Zafra.—Una tabla que representa á un caballero de la época de Cárlos IV ensimismado en la lectura de un libro.

Premio 69. Donativo de D.ª Felisa Leon.—Un cesto de mimbres con frutas de cera.

Premio 70. Donativo de las señoritas de Moscosso.— Dos floreros de cristal mate esmaltado.

Premio 71. Donativo de D.ª Patrocinio Lopez Argüeta.—Una escribanía de plata.

Premio 72. Donativo de D.ª María A. Trujillo.—Unos pendientes, en forma de llavecitas, de oro y turquesas.

Premio 73. Donativo de D.ª Mariana Toledo.—Una sortija de oro, perlas y turquesas.

Premio 74. Donativo de D.ª Concepcion y D.ª Aurora Aurioles.—Un tarjetero de madera.

Premio 75. Donativo de D.ª Láura, D.ª Angela y don Guillermo Carvajal y Jimenez, hijos de los Excmos. Sres. Duques de Abrantes.—Un precioso velador con despunta-puros, cenicero, y fosforera.

Premio 76. Donativo de D. José Victoria.—Una acuarela, representando un paisaje de Sierra Morena.

Premio 77. Donativo de D.ª Ramona y D.ª Dolores Guerrero y Eguilaz.—Un tarjetero de madera.

Premio 78. Donativo de D.ª Filomena Manuel de Villena.—Un cromo francés.

Premio 79. Donativo de D. Tomás Martin.—Gran acuarela en la que se copia del natural el patio de la conocida *Casa de los Melgarejos*.

Premio 80. Donativo de D.ª Aurora Pedrinaci Sanchez y de D. Manuel Pedrinaci Perez.—Una relojera.

Premio 81. Donativo de D.ª Angustias Perez del Pulgar.—Un elegante objeto de fantasía.

Premio 82. Donativo de D.ª Angustias y D.ª Elisa de Fuensalida.—Una muñeca vestida.

Premio 83. Donativo de D.ª Teresa y D.ª Mercedes Calera.—Dos pendientes de oro y esmalte.

Premio 84. Donativo de D.ª Mariana y D.ª Dolores Castillejo.—Un tarjetero de madera.

Premio 85. Donativo de D. Juan Olmedo.—Tabla representando un paisaje en el que se vé una pastora con sus ovejas.

Premio 86. Donativo de D.ª Purificacion Martinez.—Tablita en la que, sobre fondo blanco, está retratada la cabeza del gitano Heredia.

Premio 87. Donativo de D.ª Leocadia Reyes.—Un tarjetero de madera.

Premio 88. Donativo de D.ª Cristina Barbasa.—Un tarjetero de madera.

Premio 89. Donativo de D. Juan de Guzman.—Pequeña tabla, representando el templo y la plaza de Santa Ana, á la hora de salir de misa los fieles.

Premio 90. Donativo de las señoritas de Gamarra.—Una elegante colcha á cuadritos de crochet y de raso guateado y color de rosa.

Premio 91. Donativo de las señoritas de Herrera y Terrtor.—Una pecera de cristal con pié de barro inglés.

Premio 92. Donativo de D.ª Luisa Contreras.—Una pecera de cristal con pié de madera labrada.

Premio 93. Donativo de D.ª María Chacon y Pulgar.—Un tarjetero de madera.

Premio 94. Donativo de D.ª Aurora y D.ª Loreto Aguilera.—Un joyero de cristal con pié metálico.

Premio 95. Donativo de la señorita de Alix.—Un juego de mesa de noche. Sus piezas son de cristal mate rameado de colores y oro.

Premio 96. Donativo de D.ª Concepcion Atienza.—Una relojera de raso azul con bordados en plata.

Premio 97. Donativo de D. Eduardo García.—Tabla que representa dos músicos.

Premio 98. Donativo de las señoritas de Ubis.—Un juego de tocador, de china opaca, con filetes dorados.

Premio 99. Donativo de D.ª Antonia Quintas Perea.—Un pañuelo bordado.

Premio 100. Donativo de una señora amiga del Gobernador.—Un tarjetero de pared.

Premio 101. Donativo de D.ª Jacoba Apellani.—Dos macetas de porcelana fina con filetes dorados.

Premio 102. Donativo de las señoritas de Sancho.—Un precioso timbre.

Premio 103. Donativo de D.ª Mariana Cordon.—Un precioso y rico cogin de raso granate y crochet.

Premio 104. Donativo de las señoritas de Morales Bergon.—Un joyero de cristal mate con asa y pié metálicos.

Premio 105. Donativo de D.ª Rosario de la Cámara.—Un juego de cristal azul rameado, para mesa de noche.

Premio 106. Donativo de D. Cándido Orense.—Tabla que representa una odalisca.

Premio 107. Donativo de D.ª Victorina Antequera.—Un tarjetero de madera.

Premio 108. Donativo de D.ª Paulina y D.ª María Soriano.—Un cesto de mimbre lleno de flores de tela.

Premio 109. Donativo de D.ª María Soriano Lopez.—Tabla representando un caballero de los tiempos de Goya.

Premio 110. Donativo de las señoritas de Perez de Herrasti.—Una caja de guantes con ensanchador de marfil.

Premio 111. Donativo de D.ª Mercedes Ramirez.—Dos macetas de barro inglés con sus respectivos platos.

Premio 112. Donativo de D.ª Dolores Lopez Monroy.—Un pañuelo de encaje.

Premio 113. Donativo de D.ª María Cobos.—Un relieve sobre alabastro que representa el busto de Dante Alighieri.

Premio 114. Donativo de D.ª Cármen Figuerola.—Un diminuto juego de café.

Premio 115. Donativo de D.ª María Vasco.—Una sortija de oro con la inicial *M* en perlas.

Premio 116. Donativo de D.ª Magdalena Vasco.—Unos pendientes de oro y turquesas.

Premio 117. Donativo de D.ª Luisa Dávila.—Un brazalete de oro y perlas.

Premio 118. Donativo de D.ª M. Encarnacion Puig.—Una purera-fosforera de fantasía.

Premio 119. Donativo de las señoritas de Ibañez.—Un cogin de raso azul y crochet.

Premio 120. Donativo de las señoritas de Sanchez Burló.—Dos acericos de gró.

Premio 121. Donativo de D.ª Luisa Arnauda.—Un lienzo, estudio de cabeza.

Premio 122. Donativo de la Marquesa de San Fernando.—Una magnífica ajorca de oro, con la inscripcion *Recuerdo*.

Premio 123. Donativo de D.ª Concepcion Sanchez.—Un abanico.

Premio 124. Donativo de D.ª Antonia Leon.—Un abanico.

Premio 125. Donativo de D.ª Magdalena y D.ª Cármen Zárate.—Un elegante abanico de chimenea y un estuche con agujas.

Premio 126. Donativo de D.ª Dionisia Echevarría.—Un anillo de oro y perlas con la cifra *B*.

Premio 127. Donativo de D.ª Rosa y D.ª Magdalena Cuadros.—Dos caprichosos joyeros.

Premio 128. Donativo de las señoritas de Espina.—Un precioso cogin de raso azul con flores de crochet.

Premio 129. Donativo de D.ª M. Teresa de Segovia.—Dos jarrones de cristal labrado con filetes de oro y colores.

Premio 130. Donativo de D.ª Dolores Fernandez.—Seis jícaras de porcelana con filetes de oro.

Premio 131. Donativo de D.ª Dolores Enriquez.—Una mariposa con pantalla de porcelana grabada.

Premio 132. Donativo de D.ª Mercedes de Góngora.—Dos macetas de porcelana.

Premio 133. Donativo de D.ª Aurora Álvarez.—Un cuadro que representa un paisaje á la luz de la luna.

Premio 134. Donativo de D. Manuel Varela.—Tabla representando un polichinela.

Premio 135. Donativo de D. Francisco Robledo, señora é Hijas.—Un limosnero de raso azul.

Premio 136. Donativo de D.ª Julia y D.ª Cándida Castillo.—Dos pendientes de oro.

Premio 137. Donativo de las señoritas Soriano y Echevarría.—Dos violeteros de cristal mate fileteado de oro, y dos grandes macetas de barro francés.

Premio 138. Donativo de D.ª Purificacion Quesada.—Dos violeteros de cristal.

Premio 139. Donativo de D.ª Josefa Mezqui.—Dos floreros de cristal con flores artificiales.

Premio 140. Donativo de D.ª Francisca de P. Quesada.—Un corte de zapatillas bordado en colores.

Premio 141. Donativo de D.ª Francisca Donaire. — Un dibujo al lápiz representando un San Juan.

Premio 142. Donativo de D.ª Encarnacion Villarejo.— Un juego, para mesa de noche, de cristal fileteado de azul y oro.

Premio 143. Donativo de D.ª Teresa y D.ª Mercedes Serrano.—Una escribanía de porcelana y dos vasitos de cristal azul.

Premio 144. Donativo de D.ª Concepcion Bravo.—Un joyero de cristal rojo con pié y aro de plata.

Premio 145. Donativo de D.ª Acacia Jimenez Gavarre. —Seis cuchillos de postres en un estuche.

Premio 146. Donativo de D.ª Matilde Gadea.—Un estuche con un alfiler de oro, representando el escudo de Alamar.

Premio 147. Donativo de D.ª Paula Gadea.—Un alfiler idéntico al anterior.

Premio 148. Donativo de las señoritas de Damas y Valenzuela.—Un anillo de oro con dos perlas y un granate, y otro anillo de oro tambien con la inicial *J*.

Premio 149. Donativo de D. Lauro Moner.—Un lienzo que titula su autor.—*La poca distancia que hay de un requiebro á un garrotazo*.—Representa un señorito que echa piropos á una jóven: el padre de la chica está en actitud de acometer al galanteador, cogiéndole *in fraganti* y de improviso.

Premio 150. Donativo de D. Manuel Gomez Moreno.— Acuarela representando una aldeana de la campiña de Roma.

Premio 151. Donativo de D. Manuel Ruiz.—Tablita que representa un jardin con dos figuras.

Premio 152. Donativo de D.ª Raimunda y D.ª Isabel Velilla.—Dos elegantes floreros de cristal y un acerico.

Premio 153. Donativo de D.ª Elisa de Rojas.—Un salero de cristal con pié metálico.

Premio 154. Donativo de D.ª Concepcion Almansa.—Dos acericos de gró bordados preciosamente en felpilla y oro.

Premio 155. Donativo de D.ª Dolores Domingo.—Una linda papelera de madera y raso.

Premio 156. Donativo de D.ª María del P. Lasala.—Una relojera de raso con flores al relieve.

Premio 157. Donativo de D.ª Josefa Samaniego.—Un acerico hecho con trozos de raso de diferentes colores.

Premio 158. Donativo de D. Emilio Millan.—Un cuadro.

Premio 159. Donativo de las señoritas de Zabala.—Un cubierto de plata con su estuche.

Premio 160. Donativo de D.ª Encarnacion Cabezas.—Dos violeteros y un fleco de crochet.

Premio 161. Donativo de D.ª Dolores y D.ª Josefa Guerrero.—Dos joyeros de porcelana con pié metálico.

Premio 162. Donativo de D.ª Asuncion Arteaga.—Una pecera de cristal con pié de madera labrada.

Premio 163. Donativo de D.ª Purificacion Rubio.—Seis cuchillos de postres en un estuche.

Premio 164. Donativo de D.ª María Teran.—Un rico tarjetero de plata.

Premio 165. Donativo de D.ª Cármen Fossati.—Un acerico de gró azul y de encajes y un pañuelo bordado.

Premio 166. Donativo de D.ª Amparo Pareja.—Un cobre representando á una Santa.

Premio 167. Donativo de D.ª Amparo Pareja.—Un cobre representando á otra Santa.

Premio 168. Donativo de la señorita de Montero Vidal.—Un tarjetero de bolsillo.

Premio 169. Donativo de D.ª Matilde Ayola.—Una acuarela, representando un paisaje.

Premio 170. Donativo de D.ª Magdalena Ayola.—Una acuarela, representando un paisaje.

Premio 171. Donativo de D.ª Joaquina Gallego.—Un caprichoso acerico de raso, color lila, y crochet.

Premio 172. Donativo de D.ª Cármen Barbasa.—Dos caprichosas macetas de porcelana dentro de las que hay, asomándose al borde, unos gatitos.

Premio 173. Donativo de D. Antonio Ruano.—Una tabla alegórica representando una jóven alsaciana que riega en un jardin macetas de flores que tienen el triple color del pabellon nacional francés. Es pequeña.

Premio 174. Donativo de D.ª Matilde, D.ª Natividad y doña Angeles Ruano.—Dos preciosos acericos de gró, bordados en felpilla.

Premio 175. Donativo de D.ª Gracia Gonzalez de Mendoza.—Una linda caja para guantes con su ensanchador de marfil.

Premio 176. Donativo de D.ª Ana M. Ruiz de Almodóvar.—Un valioso tarjetero de plata sobredorada.

Premio 177. Donativo de D. José G. Ayola.—Carton-óleo en que se retrata al Excmo. Sr. D. José M. Jaudénes, iniciador del pensamiento de una rifa en beneficio de las regiones de Levante.

Premio 178. Donativo de D.ª Araceli y D.ª Concepcion Gil de Tejada.—Dos elegantes floreros de china.

Premio 179. Donativo de D.ª Lorenza Ruiz Peralta.—Una relojera de gró bordada en felpilla.

Premio 180. Donativo de D.ª Elena Lacomba.—Una elegante escribanía, termómetro-relojera de madera tallada y con la inicial *E*, en bordado al oro.

Premio 181. Donativo de D.ª Lorenza Perez del Pulgar.—Un lindo tarjetero de madera.

Premio 182. Donativo de D.ª Eulalia Perez del Pulgar.—Dos elegantes violeteros de cristal con pié de madera.

Premio 183. Donativo del Gobernador civil de la Provincia.—Una preciosa fotolitografía, hecha por don

Otto Neussiel, representando á SS. MM. el Rey y la Reina de España.

Premio 184. Donativo del Gobernador civil de la Provincia.—Una preciosa fotolitografía, hecha por don Otto Neussiel, representando á SS. MM. el Rey y la Reina de España.

Premio 185. Donativo del Gobernador civil de la Provincia.—Una preciosa fotolitografía, hecha por don Otto Neussiel, representando á SS. MM. el Rey y la Reina de España.

Premio 186. Donativo de D. Antonio Gonzalez.—dibujo al lápiz, una cabeza.

Premio 187. Donativo de D. Luis Parera.—Dibujo al lápiz, una cabeza.

Premio 188. Donativo de D. Manuel Gil de Tejada.—Dibujo al lápiz, una niña orando.

Premio 189. Donativo de D. Emilio Torres.—Dibujo al lápiz, una cabeza.

Premio 190. Donativo de D. Antonio Casado.—Dibujo al lápiz, una cabeza.

Premio 191. Donativo de D. Nicolás Casado.—Dibujo al lápiz, dos figuras.

ADVERTENCIAS.

Yá antes he dicho que, dadas las condiciones de brevedad y precipitacion con que hago este opúsculo, es imposible inscribir en él muchas personas dignas de gratitud: tampoco seguí órden gerárquico al enumerar las que he citado, pues esto repugna á la idea de fraternidad que preside mi escrito. Conste así.

Pero no he de pasar por alto, pues que á mi memoria acude en este instante, la finura de D. Bernabé Lopez, dueño del magnífico almacen de telas, *La Villa de París*: el citado señor hubo de conceder, graciosamente, sus escaparates á la exposicion de premios, organizada por el distinguido Director de la Escuela de Bellas Artes D. Manuel Obren. Los señores que constituyen la comision de la rifa se han hecho dignos del más entusiasta elogio, por la actividad generosa con que secundaron el pensamiento del Sr. Jaudénes, y tambien, por igual motivo, los celosos empleados del Gobierno Civil.

Y no sigo, que, de seguir, nunca acabaria.

Conste tambien que las exigencias de la confeccion material de este opúsculo, me obligan á poner el catálogo de los premios como un apéndice separado del A en el que, lógicamente, debiera ir incluido.

ÍNDICE.

GRANADA-MURCIA.

		Págs.
	Al Excmo. Sr. D. José María Jaudénes	5
I.	La inundacion de Murcia.	7
II.	Episodios del desastre.	11
III.	El siglo XIX ante la catástrofe de Murcia	17
IV.	Granada ante la catástrofe de Murcia	21
V.	Conclusion.	35

APÉNDICES.

Apéndice A.

DOCUMENTOS RELATIVOS Á LA RIFA.

I. Discurso leido por el Excmo. Sr. D. José María Jaudénes en el acto de la rifa celebrada en el Ayuntamiento á favor de las víctimas de las inundaciones de Levante. . . . 39

II. Poesías que se leyeron en el acto de la rifa que hubo de celebrarse el 14 de Diciembre en los Salones del Ayuntamiento de Granada 43

III. Cartas 101

Apéndice B.

CIRCULARES.

Circular constitutiva de la Junta central de socorros 103

Circular publicada por la Junta central de socorros. 108

Alocucion del Sr. Gobernador á las damas granadinas . . . 109

Circular gratulatoria á los granadinos 110

Apéndice C.

Catálogo de los premios de la rifa. I

Advertencias. XV